

A18 1178 (1-5)



50000640678

Dret

SA18 1178-2



50000640674

Dret

SA18 01178-1



50000640703

Dret

SA18 1178-5



50000640693

Dret

A18 1178-4



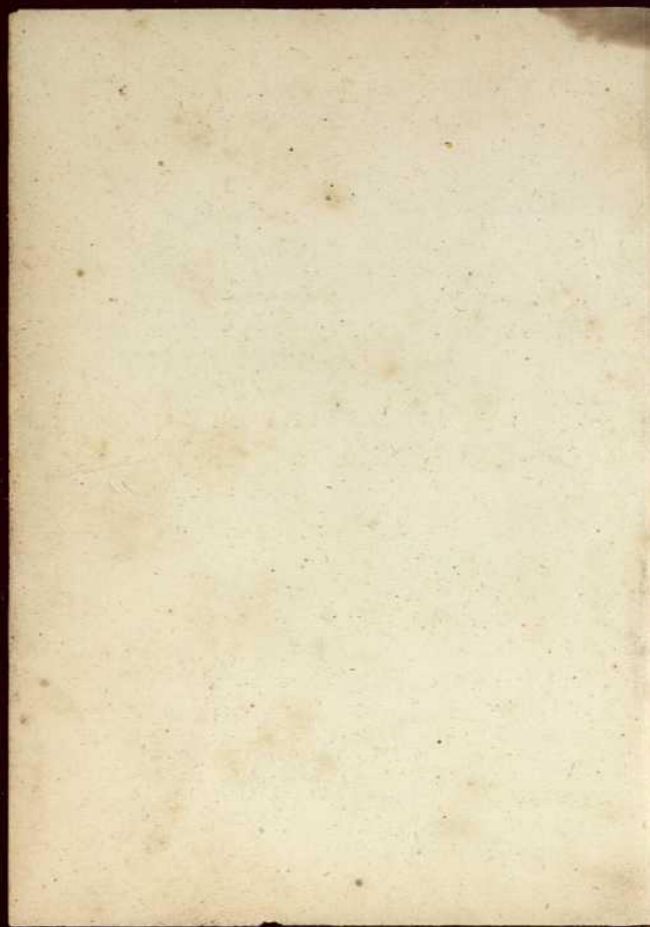
50000640682

Dret

A18 1178-3







Los Misterios
DE LONDRES,

NOVELA DE

DE FRANCISCO KROLOFF,

Los Misterios

POR EL SEÑOR DE CARVAL.

DE LONDRES.



Tomo 19 de la Coleccion.

Los Misterios
DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA : 1845.

—
LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,
calle de la Lonja de la Seda.

Es propiedad del Editor.

Imprenta de D. Benito Mousort.

Veinte quintales de carne humana.

EL negro calvo, deseoso de aprovechar el consejo, quitó el asado del fuego y lo tendió sobre una capa de hojas: Smith soltó la biblia para clavar su cuchillo en la parte mas tierna del animal abandonando el espíritu por la carne, y todos los demás lo imitaron. Mientras comian, se acomodó Maudlin lo mejor que pudo, pareciéndole ya conveniente explicar su mision, y lo hizo en efecto en términos claros y preci-

sos, sin olvidar nada, refiriendo cada circunstancia en su lugar, y dando pruebas de que hubiera sido difícil escoger mensajero mas entendido.

— ¡Bravo, Maudlin! ¡bravo, reina Mab! exclamó Ned Braynes así que acabó. No se puede dar con mas gracia una mala noticia.

— ¡Llévese el diablo el tal guarda-costas! dijo Paulus.

— Es un asunto frustrado, murmuró Randal, y no nos queda mas recurso que volver á Sidney.

Maudlin fijó sus penetrantes ojos en Fergus, que parecia estar meditando profundamente, y dijo:

— Ese caballero no ha hablado aun.

Esta pregunta indirecta hizo estremecer á Fergus, y preguntó secamente:

— ¿Quereis obedecerme?

— Sí, contestó Randal.

Los demás titubearon, y Maudlin frunció las cejas, y dió un golpe en el suelo con impaciencia.

— Por lo que hace á mí, dijo al fin el matador de bueyes, ninguna repugnancia

tengo, porque teneis buen corazon y buen brazo.

—Yo os obedeceré, dijo Smith á su vez, si nos explicais....

—Nada explico, le interrumpió Fergus.

—¡A la mano de Dios! exclamó Ned Braynes, yo soy de los vuestros, y os juro fe y homenaje por el buen Absalon.

—Yo haré tambien lo que los demás, murmuró Smith.

Todos se pusieron en pie, y Fergus les dijo:

—Señores, os mando que monteis á caballo, porque es preciso que lleguemos á la costa antes de amanecer.

Habia preparados seis caballos á corta distancia de la choza del matador de bueyes, porque la espedicion estaba combinada de mucho tiempo, y solo el obstáculo imprevisto anunciado por Maudlin habia sido causa de la indecision. A los pocos minutos todos estaban á caballo, incluso Maudlin, y partieron á galope. Cuando llegaron á la vista del mar era todavía de noche, y solo por la parte de oriente aparecia una línea blanquizea que dejaba

percibir las altas cimas de los montes como un cuerpo negro, de forma que el alba no podia ya tardar. El parage de la playa en que hicieron alto estaba absolutamente desierto, y habiendo atado los caballos en los últimos árboles, bajaron á pie hasta la lengua del agua.

— ¡ La señal! dijo Fergus.

Waterfield hizo sonar en un cuerno de buey tres roncadas notas, reguladas con tal arte, que los ecos del interior se las transmitieron unos á otros, hasta que fueron á morir en lo profundo de los bosques. Casi al mismo instante brilló á lo lejos una luz resplandeciente, que iluminó las crestas diamantinas de las olas como cosa de un segundo, y desapareció apenas encendida.

Los seis deportados se tendieron en tierra sobre la playa, y escucharon con suma atencion.

Habia en el puerto de Sidney un buque pronto á dar la vela para Inglaterra, y los seis deportados tenian formado el proyecto de apoderarse de él: Maudlin, que habia sido enviada á Sidney para saber si los conjurados de aquel punto se habian

podido proporcionar una barca y armas, volvió con dos noticias en vez de una, á saber; que la barca y las armas estaban prontas, pero que habia en la rada un buque de la marina real. Este era la corbeta *Ceres*, de diez y ocho cañones, que se habia acercado á tierra para reforzar su tripulacion diezmada por los corsarios franceses que tan cruel guerra nos hicieron en los últimos años del imperio: las noticias que acerca de ella dió Maudlin fueron las siguientes:

El teniente Napier que la mandaba, pidió al gobernador de Sidney, segun se acostumbra en tales casos en todas las costas de la Gales meridional, un número de presidiarios que, cumplido su tiempo, estuvieran dispuestos á volver á Inglaterra. El gobernador se negó á ello, porque como no nos cansaremos de repetir, la ley en aquella bienaventurada tierra de presidiarios es mucho mas protectora que en la madre patria, pues aquí es lícito apoderarse de todo ciudadano útil para el servicio marítimo, y allí tiene que andar la marina real con mucho tiento antes de echar mano

á ningun ladron ó asesino; de lo que claramente se deduce, que el crimen no solo es un beneficio activo, sino una condicion además de inviolabilidad. Por manera que todos los amantes del *dolce far niente* que no tengan vocacion de marineros, tienen que hacerse lores, ó hacerse bandidos: lo primero no está al alcance de todos, y las ventajas de lo segundo ya empiezan á conocerse, pues cada trimestre hay precision de celebrar en Old-Court dos ó tres sesiones extraordinarias. Con la negativa del gobernador, como íbamos diciendo, el teniente Napier tomó su partido: envió dos oficiales á Sidney que se avistaron con el superintendente de los trabajos públicos, que era reputado como el mejor reclutador de la colonia, al cual facilitaron por de pronto una buena suma, que es el principio de toda negociacion en Inglaterra, y ofreció desde luego treinta marineros determinados.

El medio de engancharlos era el mas sencillo posible: cinco ó seis hombres de la confianza del superintendente convidarian á beber por la tarde á los futuros marine-

ros, quienes despues de bien emborrachados, debian ser conducidos en carros á un punto convenido de la costa, donde tres toques de corneta, semejantes á los que dió Waterfield con el cuerno, serian para la corbeta la señal de echar el bote al agua. Lo demás no necesita esplicarse, y ya se concibe que al otro dia hubieran despertado los treinta malvados convertidos en marineros de S. M. Obligar con engaño y por sorpresa á hombres infames y malvados á representar el papel de honrados y valientes, era sin duda una traicion, pero Lóndres dista mucho de Bahía-Botánica, y aquella tierna madre no puede preveer todos los peligros que amenazan á sus muy amados hijos.

Fergus, desde la salida de Eagle-River estaba silencioso y pensativo entre sus compañeros que, alegres por el contrario, no cesaban de hablar y reir: á una media legua de la costa habia examinado aparte á Maudlin muy detenidamente; el matador de bueyes, hizo la señal á la llegada á ella, como hemos dicho, y la luz que se vió era de la *Ceres*.

—¿A qué distancia de la playa está

fondeada la corbeta? preguntó Fergus.

—A tres ó cuatro millas, contestó Maudlin.

—¿Y el Bay-Ship que se va á hacer á la vela?

—En el puerto, amarrado al muelle.

—De manera, dijo el rey Lear, que si nos apoderamos del buque, nos atacará la corbeta.

Smith dió un profundo suspiro, y Waterfield gruñó:

—¡Qué diablo! yo no tengo ninguna confianza en el negocio.

—¿Y nuestras gentes dónde están? preguntó Fergus á Maudlin.

—A quinientos pasos de aquí, debajo de la puerta de Cow-Hill.

—Tenemos media hora de ventaja.... dijo Fergus. ¿Estais bien segura, Maudlin, de que es este el sitio de la cita?

—Enteramente segura, señor... y puesto que han correspondido á la señal, es prueba de que el superintendente no ha podido cumplir su oferta.

Fergus reflexionó un instante, y dijo en seguida:

— Señores, el *Bay-Ship* es un buque miserable, y entre él y la corbeta no se debe dudar un instante.

Waterfield se echó á reír, *Smith* bajó la cabeza, el negro *Absalon* movió sus relumbrantes ojos y el rey *Lear* hizo un gesto de sorpresa. *Maudlin* palmoteó por el contrario, diciendo:

— ¡Bravo! bravísimo!

— *Esplícaos*, *O-Breane*, le dijo *Randal* con inquietud.

— Y tened presente, añadió el viejo *Ned*, que nosotros no somos caballeros andantes.

— El libro dice: «no cedas al demonio del orgullo:» murmuró *Smith*.

— ¿Y no dice también el libro, exclamó *Waterfield*, que cuando cinco hombres resueltos tienen que habérselas con un loco, lo dejan plantado, y se vuelven á sus casas?

— Mi opinión es, replicó friamente *Fergus*, que debemos tomar la corbeta, en vez de entretenernos con ese pesado *Bay-Ship*, que nos tendría siempre á merced del primero que nos embistiese... os ruego, *Randal*, que vayais inmediatamente

á Cow-Hill, y traigais aquí nuestra gente.

Randal obedeció sin titubear, y Waterfield levantándose, dijo:

—Pues yo me vuelvo á mis bueyes.

—Volveos á vuestros bueyes, si que-
reis, señor.... dijo Fergus, pero una vez
á bordo de la corbeta, tenemos diez y
ocho cañones, y el mar es nuestro.

—¡Se han visto piratas atroces, que se
han enriquecido con millones de libras! dijo
suspirando Mr. Smith, á quien se le hacia la
boca agua: pero es un oficio muy criminal.

Waterfield se volvió á sentar, y se que-
dó muy atento.

—Bien puede uno esponerse á morir
por algunos millones de libras, pero se ne-
cesita tener algunas probabilidades, y ahora
me parece que todo lo tenemos en contra...
repuso el rey Lear despues de un corto
silencio. La corbeta debe tener doscientos
cincuenta hombres de tripulacion, ha pedi-
do treinta, luego le quedan doscientos
veinte.

—Si estuviera sin gente, replicó Fer-
gus, no la queria yo para nada, porque
nosotros no podríamos manejarla....

—¿Teneis inteligencia á bordo?

—Tengo inteligencia á bordo, contestó Fergus sin detencion.

El viejo Ned lo miró con desconfianza al soslayo, y despues murmuró:

—Ello al fin es posible, y yo además soy ya muy viejo para enriquecerme de otro modo que con la piratería.... señor O-Breane, os seguiré á cualquier parte.

La faja blanquizca que cortaba el horizonte se empezó á colorear, pero sin distinguirse aun claros los objetos, y la barca de los conjurados llegó á muy poco con veinte y ocho, conducida por Randal Grahame.

—El rey Lear es hombre prudente, dijo el matador de bueyes; yo tambien quiero ser de la partida, pero....

—No me gusta discutir con vos, le interrumpió Fergus con mucha severidad: nada de peros... Los que estén conmigo han de obedecer, y nada mas.

—Bien, bien, señor, contestó Paulus desconcertado por el poco caso que se hacia de su ayuda: yo no soy hombre que me desdigo, y una vez que he venido aquí, os obedeceré.

En esto saltaron en tierra los veinte y ocho conjurados, hombres en su mayor parte altos, fornidos y resueltos al parecer; y aunque no dejaba de haber entre ellos alguno que otro condenado por causa no muy grave, los mas eran malvados, incorregibles y atrevidos, de los que no contiene el primer costigo, y que en vano se quieren sepultar en las minas de Coal-River. Allí se les encadena, se les encierra y se les guarda doscientos pies debajo de tierra, pero ocurre una sublevacion y se les ve salir como otros tantos demonios: asesinan á sus guardianes con los pedazos de sus grillos, hacen prodigios de fuerza, de paciencia y de valor, y es preciso confesar en justicia, que el mas vil de entre ellos ostenta en el discurso de su vida, mas destreza y audacia de las que serian menester para formar media docena de héroes.

El viejo Ned, Paulus y Smith el meto-
dista, se mezclaron con ellos al punto, y aunque ninguno se veia, se conocieron al momento unos á otros.

— ¡Buenos dias, Tomás! ¡buenos dias, Saninel! ¡buenos dias Tobías! exclamó el

rey Lear; ¡sea enhorabuena, muchachos!
¡estos sí que son buenos compañeros!

Fergus que habia llamado á parte á Randal Grahame, le dijo:

¿Conoceis esta gente?

—A casi todos, contestó Randal, pero que el diablo me lleve si comprendo vuestra intencion.

¿Se puede contar con ellos?

—Eso segun si la cosa les acomoda.

—¡Respondedme, Randal, con formalidad! le interrumpió Fergus muy seriamente; cuenta que lo vamos á jugar todo á una carta.... ¿Son valientes?

—En cuanto á eso, sí.... valientes como diablos, O-Breane.... y obedientes á proporcion.

—Mandadles que se formen en círculo, dijo Fergus. El tiempo urge, y se me figura que oigo ya ruido de remos.

Randal lo hizo así, y Fergus se halló al punto en medio de veintiocho bandidos, á quienes habló de este modo:

—Señores, cinco minutos teneis para pensarlo: voy á deciros de lo que se trata. La lancha del buque de guerra fondeado

en la rada estará aquí dentro de medio cuarto de hora, y viene á buscar treinta hombres que se le deben entregar en este sitio, pero treinta hombres borrachos, sin poderse tener, que se han de embarcar como toneles ó sacos de lana.... Vosotros no sois mas que veintiocho, pero Mr. Waterfield y este negro completarán el número.... ¿Queréis ir así á bordo de la corbeta?

—¿Qué diablo de idea! murmuró el matador de bueyes.

—¿Y para qué? preguntaron dos ó tres.

—¡Ah! dijo el rey Lear; ya comprendo; ¡magnífico pensamiento!

—Para aborrarnos el trabajo del abordage, contestó Fergus, para llegar de un golpe y sin riesgo al puente de un hermoso buque, cuyos cañones entonces nos volverán la culata.

Waterfield se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Vive Dios! que ya creo que lo entiendo tambien.... Vamos valientes camaradas, tres *hurras* por nuestro comandante.

te! ¡Este es un golpe que vale la pena!

Trabajo le costó á Fergus contener el repentino entusiasmo del matador de bueyes, que ya no necesitaba de estímulos, y en pocas palabras acabó de esplicar su plan, que por lo osado y atrevido era muy á propósito para seducir á sus estraños soldados. El rey Lear lo aprobó completamente, y Mr. Smith insinuó, que una vez dueños de la corbeta, seria fácil reconciliarse con el cielo, llevando la luz de la verdad á regiones salvages, sobre lo cual no hubo ninguna discusion.

Por disposicion de Fergus se tendieron sobre la arena en desórden los veintiocho recién llegados, Waterfiel, y el negro Absalon, despues de haber ocultado sus armas debajo de los vestidos. Fergus, Randal, el rey Lear y Smith se quedaron en pie y ocultaron las suyas, y Maudlin se sentó sobre un peñasco. Ya se oia perfectamente el ruido de los remos de la falúa, que solo distaba como unas cien brazas, y Fergus en voz baja dijo:

—Cuenta con no tener el menor descuido, que á todos nos va en ello la vida.

Aquí, en la falúa, y sobre el buque, fingios muy borrachos, y dormidos....

— No hay uno entre nosotros que no haya representado muchas veces este papel al natural.... Estad tranquilo, comandante, dijo el matador de bueyes.

— ¡Ohé! gritaron de la falúa.

— ¡Ohé! respondió el rey Lear.

— ¿Quién sois vos?

— ¡Lléveme el diablo! ¿y quiénes sois vosotros?

— Guardia marina de la corbeta *Ceres*.

— Pues nosotros somos, contestó el viejo Ned, cuatro honrados ingleses, y la reina Mab, mi muger, todos de la familia de Mr. Cuning, el superintendente, que ofrece sus respetos al teniente Napier.

— ¿Y qué mas?

— Y le envia lo que sabeis, señor oficial.

La falúa estaba á pocas brazas de la costa, y un vigoroso golpe de remo la hizo atracar; á muy poco tomó tambien tierra un bote, y saltaron á ella el guardia marina, un contra maestre, y cinco ó seis marineros. El guardia marina tomó la palabra, y dijo:

— Ya no os esperábamos esta noche.

— Es verdad que nos hemos retardado algo, contestó el viejo Ned, que hacia por su edad el papel de encargado del superintendente; porque estos buenos mozos resisten mucho rack, y han sido precisas seis horas por el reloj para ponerlos en ese estado.

— ¿Cuántos son?

— Unos veinte quintales, señor, suponiéndoles el peso de ciento cincuenta libras uno con otro.

— ¡Ah, señor! ¡están borrachos! exclamó con admiracion el contraмаestre, que habia ido á reconocerlos de cerca. Mr. Jones, añadió dirigiéndose al guardia marina, ¡son muy bellos mozos, á fe mia!

Aquel, dándose un aire de importancia, dijo:

— Mr. Cunning no se hubiera atrevido á engañar á un oficial de la marina real... ¡Embarca!

El contraмаestre cogió á Waterfield por los hombros al mismo tiempo que dos marineros lo agarraron cada uno por una pierna. El guardia marina contó: ¡Uno! y

Waterfield cayó como un tonel en el fondo de la falúa.

— ¡De beber! tartamudeó entonces con voz entorpecida, y los marineros soltaron la carcajada.

— ¡Dos! ¡tres! ¡cuatro! ¡cinco! contaba el guardia marina, á medida que iban cayendo los deportados en medio de la falúa como fardos de ropa. Despachad, Sam, añadió, que el dia se nos viene encima.... seis.... siete.... ocho....

— Han puesto de todo, dijo el contra-maestre, ¡hasta un negrito!

Absalon articuló algunas palabras confusas, y cayó al fondo de la falúa.

— Nueve.... diez.... once.... continuó contando, doce.... Creo, caballero, que vais á venir con nosotros á bordo.... el teniente Napier tendrá mucho gusto en ello.

— Sí señor, sin duda, respondió el rey Lear, el teniente es muy amable, y vos un jóven guardia muy atento.... Iré á bordo con mis tres compañeros y mi muger, que tiene muchos deseos de ver un buque de la marina real.

— ¡Diablo! murmuró Sam, los cuatro

perillanes, pase, ¿pero de la señora qué haremos?

El guardia le impuso silencio, y siguió contando hasta que se completó el número, y en seguida dijo:

— Sam, dad la mano á la señora.... Tened la bondad de subir, señores.... Esto se reducirá á hacer un viage mas, añadió dirigiéndose al contramaestre, nos quedaremos con los cuatro bribones, y volveremos la señora á tierra.

El guardia marina era un lindo mozo de diez y seis á veinte años, colorado y rubio, de muy buena familia, y excelente educacion, pero en nuestras escuelas se olvida enseñar á los marinos, que la perfidia no constituye habilidad, sino que afea el valor, por el contrario. Y tal vez tengan razon en no hacerlo, pues mientras les enseñaran este axioma comun, dejarian de aprender la demostracion de un teorema de mas interés: así como así, ya se censura á nuestros oficiales que son menos instruidos que los franceses: ¿qué seria, Dios mio, si se tratara de darles lecciones de moral? Porque ser instruido significa saber el álgebra,

la geometría, la trigonometría rectilínea, curvilínea, etc. etc., y no conocer los principios mas elementales de la honradéz, pues no se sacan puntos con las máximas de la sabiduría, y nuestros marinos no son cuáqueros. Son impertinentes, bruscos, hacen el tráfico de blancos so pretestó de filantropía, protegen bajo el mismo un comercio infame de veneno, insultan á los débiles, aunque cuando es preciso no vuelven la espalda á los fuertes, y son finalmente.... lo que somos nosotros.

Sam dió la mano á Maudlin Wolf, que se embarcó en el bote, donde ya estaban los cuatro supuestos criados del superintendente, y ambas embarcaciones se hicieron al momento á la mar. El oficial, durante la travesía, examinó á sus cuatro huéspedes con bastante atencion, fijándose sobre todo en Fergus, y le dijo en voz baja al contraмаestre:

— Sam, este bello mozo vale él solo los treinta brutos de la falúa. Decididamente tiene el rey necesidad de él....

— Gran necesidad, señor Jones, contestó riéndose el contraмаestre; la vieja

señora, la reina Mab, como ellos la llaman, bastará sola para llevarle á Cuning las atentas espresiones del teniente.

Ya apuntaba el alba, y aparecía la corbeta, describiendo vagamente sobre el rosado fondo del cielo, los negros perfiles de sus aparejos, y dejando ver la arboladura inclinada, mecida suavemente y con lentitud: la quilla se confundía con el oscuro azul del mar, en el que no reflejaba la aurora, indecisa aún. A bordo, todo era calma y silencio, y solo cuando las dos embarcaciones entraron en las aguas de la corbeta, bajó de las gaviotas una voz de ¡quién vive! A muy corto rato daba vueltas la cabria, y los veinte quintales de carne humana fueron sucesivamente izados sobre el puente, donde quedaron tendidos, é incapaces de ningun movimiento, al parecer. Subieron despues los cuatro enviados de Mr. Cuning, y en seguida le tocó su vez á la reina Mab, que prestó mucha materia de diversion á los marineros de la *Ceres*. Es cosa bien sabida en todo el mundo, que el inglés cuando está de broma, se parece bastante al oso bufon, que muele á bofetones

á sus amigos con pretesto de quitarles un mosquito que tienen en el carrillo; pero nuestros marineros esceden todavía á los osos, y son los mas temibles farsantes del universo. El escrúpulo de muger estuvo largo rato bamboleando en el aire, y subió por último de golpe como una pelota, y medio muerta de susto.

El segundo comandante del buque, pero viejo, pequeño de cuerpo, regordete, y de aspecto duro y áspero, sacó la cabeza por la escotilla, y dijo:

— ¿Está eso hecho?

— Sí, mi teniente, respondió el oficial que acababa de llegar.

El segundo subió al puente y mandó traer una linterna para reconocer á los recién llegados, y mientras lo hacia, daba de cuando en cuando algunos puntapiés á los fingidos borrachos jurándoles que no beberian mas que agua en toda la travesía: mas cuando reparó en Fergus y sus compañeros preguntó:

— ¿Qué viene á ser esto?

— Esto, respondió el rey Lear, son personas á quienes debeis cien libras.

— ¡Ciento! ¡bien! dijo el segundo.
¿A qué habeis traído aquí estos tunos,
señor Jones?

El guardia en lugar de responder se acercó á él y le habló al oído:

— ¡Ah! ¡ah! dijo aquel; ¡ah! ¡ah!
¡diablo!... Id á llamar al comandante señor
Jones.

Habia sobre cubierta como unos cuarenta marineros ocupados en diferentes trabajos, la mayor parte sin armas. El dia iba visiblemente aclarando, y el viejo Ned le dió con el codo á Fergus, y le dijo:

— Y bien, ¿qué hacemos?

Fergus no respondió: estaba pálido y se notaba un ligero temblor en sus labios. Randal á su vez le dijo tambien.

¿Qué hacemos? ¿esperais á que esté todo el mundo sobre cubierta?

Tampoco le contestó, y es indudable que pasaba en su interior alguna cosa extraña. ¿Era miedo? no: pero César debió tambien titubear antes de pasar el Rubicon. Fergus sentia un peso sobre su corazon, y habiendo sido siempre tan fogoso y resuelto, se veia en aquel momento he-

lado y torpe, como si una mano de hierro oprimiera su conciencia. La señal que habia de dar para el ataque, era la muerte de un hombre, y estaba perplejo y dudaba, no porque en aquel crítico momento se le representase su empresa mas gigantesca y desatinada, que en los dias en que media en silencio los peligros y las ventajas, ni tampoco porque despues de aquel combate tan desigual y temerario, fuese preciso empeñar otros mas temerarios y desiguales aun. Nada de esto influia en él: conocia los peligros, tenia calculados de antemano los obstáculos, y su penetrante vista no era de las que puede engañar la distancia: se presentaba al combate con una resolucion firme, inalterable, y no habia para él sorpresa posible: no era en fin á la vista del Rubicon donde Fergus vacilaba. Era preciso atacar á un hombre por sorpresa, era preciso matar antes de ser provocado, y le pesaba el brazo como si fuera de plomo. Tal era naturalmente su carácter; y seria grande equivocacion suponer que su perplejidad nacia de que aquel era el primer paso que daba, y que este cuesta mu-

cho.... porque su inmutable carácter era entonces lo que fue mas tarde, y siempre. Su talento podia aumentarse, su corazon no se podia hacer mayor; ni quince años de luchas sin descanso podian marchitar la flor de delicadeza, el honor heróico, que en estraña y adúltera alianza ibau siempre unidos á sus mas reprehensibles acciones. Randal, que no podia comprender ciertamente estos escrúpulos, le apretó fuertemente el brazo, y le volvió á decir:

— O-Breane, ¿teneis miedo?

— No, le contestó asiendo por debajo del vestido la culata de una pistola: tengo vergüenza.

En este momento subieron juntos por la escotilla todos los oficiales de la corbeta, y dirigiéndose hácia el grupo formado por Fergus y sus tres compañeros, los examinaron, y el teniente Napier, despues de un breve rato, dijo:

— Llevad estos hombres á la bodega; nuestras correas los harán escelentes marineros.

Las megillas de Fergus recobraron instantáneamente su color, y levantó la cabeza,

montando la pistola, pues ya tenia necesidad de combatir, y no de asesinar.

— ¡No deis un solo paso, por vuestra vida! le dijo al segundo que se adelantaba para egecutar la órden del comandante.

Como el dia no estaba aun claro, siguió aquel andando con el sable levantado en la mano, porque no pudo ver que Fergus estaba armado: entonces éste, con un arrebatado de alegría lleno de entusiasmo, y como si sus compañeros pudieran comprender su pensamiento, exclamó:

— ¡Ah! siempre tienen reservada perfidia bastante para dar motivo al ataque, y hacer olvidar la compasion... ¡A vosotros y á mí, ingleses!

El segundo de la corbeta *Ceres* cayó atravesada la cabeza por una bala; mas habia visto la accion de Fergus, y tenido tiempo para descargar el sable, en términos que le hizo en la frente una línea profunda y sangrienta desde la ceja izquierda hasta el nacimiento del pelo, que le bañó su cara en sangre. A la detonacion de la pistola, que era la señal convenida, respondió un formidable grito, y los veinte

quintales de carne humana se pusieron en pie de un brinco, y acometieron como tigres á la tripulacion, con furibundo, irresistible y contagioso ardor. La sangre empezó á correr por todas partes, y aquellos hombres, que se creian embriagados con alcohol, se embriagaron de veras con los calientes vapores de la sangre humeante, con sus propios gritos, con las detonaciones repetidas de sus armas, con el espeso humo de la pólvora y con todo cuanto en una gran lucha exalta y enardece.

Nada se distinguia sobre cubierta: la luz del dia naciente se oscurecia con el humo, y todo se confundia con un movimiento desordenado é incesante, dominado por un concierto de gritos é imprecaciones. Solo cólera y muerte se respiraba allí: los mas flojos y frios cobraban ardor: Smith mataba cantando salmos; el viejo rey Lear se batia como un desesperado declamando trozos de Shakspeare; y el negro, cuyos ojos centelleaban como las pupilas de un jacal, se deslizaba por todas partes, heria y degollaba, y hacia oir sobre el estruendo de la pelea el terrible grito de guerra de

su raza. Maudlin Wolf, participando del ardor general, se agitaba sin cesar en el sitio en que la habian colocado, y hacia gestos y ademanes poseida á la vez de espanto, y de trasportes guerreros. Temblábale todo su cuerpo, se reia de emocion, y se sujetaba á sí misma para no lanzarse á la pelea, hasta que exaltada hasta el último punto, cogió un cuchillo que vió en el suelo á su lado, saltó por entre la sangre dando penetrantes gritos, y blandiendo su pesada arma, desapareció al través de la nube de humo que envolvía á los combatientes.



LXXV.

Blasfemias á tiempo.

LA oficialidad y marineros ingleses atacados sobre el puente de la corbeta *Ceres* eran casi en doble número al de sus acometedores, aunque mas de la mitad sin armas, pero pasada no obstante la primera sorpresa, se defendieron con denuedo. El teniente Napier, que habia subido con ánimo de mandar aparejar, tenia en la mano la bocina, y al punto se dirigió á la escotilla grande, y dió la voz á las baterías de

« todos sobre cubierta : » mas esto sirvió de aviso á los agresores que llevaban en aquel momento la ventaja , y aprovechando el primer ímpetu , rompieron la línea de los marineros , y lograron cerrar las escotillas. Entonces perdieron ya los marineros toda esperanza de socorro , y retirándose al castillo de proa se formaron junto al palo de mesana. Fergus , cuyo sereno y brillante valor contrastaba estraordinariamente con el frenesí de sus compañeros , les gritó :

— ¡ Rendios !

Mas los marineros le contestaron con denuestos , y él entonces exclamó :

— ¡ Adelante ! y se arrojó sobre ellos el primero. Volvió de nuevo á trabarse el combate , pero no con tanta furia como la vez primera , porque en ambas partes se habian agotado las municiones , y se batian cuerpo á cuerpo , y en silencio , sin que se oyese mas ruido que el choque de los aceros unos con otros , y la aguda voz de Maudlin Wolf , que fatigada y casi sin aliento escitaba sin cesar á los combatientes. Decidíase la ventaja á favor de los agresores , y habiendo caido el teniente Napier mortalmente heri-

do por Fergus, los ingleses que quedaban rindieron las armas.

Entonces se vió una escena singular y grotesca, una farsa ridícula despues del drama trágico. Un marinero, que no se habia podido reunir á tiempo con sus compañeros de quienes lo separaba la línea de los vencedores, corria por la cubierta con estremada celeridad, á favor de sus piernas largas y delgadas, sin la menor señal de pantorrillas. Huia acosado por el negro calvo Absalon, que corria tanto como él dándole una caza muy activa, y amenazándolo con el cuchillo con que habia trinchado el kangaroo. Y no era esto solo, sino que Maudlin Wolf, pisoteando la sangre que cubria el puente, y suelta al viento su desgredada cabellera, animaba al negro con palabras y ademanes, representando un papel semejante al que podia hacer en una cacería un gozquecillo que no pudiese seguir los caballos en su carrera. Estos tres personajes estaban tan ocupados, uno en huir y los otros dos en perseguirlo, que ninguno advirtió que habian cesado las hostilidades: y corrian, y no paraban de

correr, el negro blandiendo su cuchillo, la reina Mab aullando, el marinero ejecutando una porcion de habilidades de pies para librarse de sus encarnizados perseguidores y diciendo al mismo tiempo con voz ronca, interrumpida á veces por la pérdida del aliento:

— Yo soy de los vuestros, ¡Dios me condene! negro estúpido, que tienes traza de ser buen muchacho. Yo... yo soy, ¡triple blasfemia! un hombre de la *Familia*, marimacho maldito, señora mia... Oye, negrito, ¡Satanás y su cola!... Al diablo si debia yo nombrar á Satanás, porque creo que eres tú mismo en persona, indigno camarada... ¡Juro por la boca del infierno no jurar mas por Satanás!... ¡Oye!...

— ¡Animo, Absalon! ¡ánimo! ¡á él! gritaba Maudlin casi sin aliento.

— ¡Rayo del cielo! gritaba el marinero, que sentia junto á sus talones al negro; te digo que soy un hombre de la familia, ¡miseria y condenacion eterna! Negro, animal sin razon, camarada mio, no escuches á esa furia maldita, que será sin duda una señora razonable en sus ratos buenos....

¡Oh! ¡oh!... ¡Dios me castigue!... ¡ya no puedo mas!... ¡oh! ¡oh!

—¡Ya le tenemos! ¡ya es nuestro, exclamó Maudlin.

El marinero dió todavía dos ó tres pasos, y cayó cuan largo era, murmurando con mucha devocion:

—Recomiendo mi alma á Dios; ¡fuego del infierno! porque soy hombre muerto, ¡Dios me condene!

El negro que venia precipitado tras de él á toda carrera tropezó con sus piernas, y fue á dar de hocicos dos ó tres varas mas allá. Maudlin tambien se dejó caer en el sitio en que estaba, gritando: ¡Victoria!

El buen Paddy O-Chrane fue á caer por dicha suya junto á Randal Grabame que lo conoció al momento por la piadosa invocacion que dirigia al cielo en su hora postrera, y lo protegió contra el negro, que se habia levantado furioso y mas encarnizado que nunca. Paddy jadeaba, ensartando millares de blasfemias inauditas con voz triste y lastimera, hasta que mirando á Randal con sumo reconocimiento, dijo:

— Muchas gracias, señor.... ¡Al diablo si me acuerdo de vuestro nombre! ¡eran tantos las bribones que habia en el Cumberland, triple miseria!... pero me acuerdo bien de haber visto allí vuestro amarillo semblante, ¡condenacion eterna!... vuestros ojos sin cejas, ¡lléveme el diablo!... ¡Y que se lleve sobre todo á lo mas profundo del infierno á ese maldito negro de cabeza pelada, y á esa furia de dos pies y medio!... y vuestro pelo de color de cobre, señor.... De todo eso me acuerdo, ¡mal rayo me parta!

Randal estaba vuelto de espaldas á Fergus, y Paddy, conociendo de pronto á este último, murmuró:

— ¡Oh! ¡oh! ¡ese es el que estaba enfermo, ó que me entierren á mí vivo entre el negro y esa pequeña furia!... El otro es el que estaba á su izquierda, ¡por las uñas de Satanás!... un bribon con alma, á quien le vi dar cincuenta latigazos sin que pestañeara..... ya me acuerdo, ¡mil miserias!... ¡Y estos acaban de abatir á sus pies el pabellon de Inglaterra! ¡Ah! descarados tuñantes, ¡qué corazones tan valientes!

Fergus, en efecto, acababa de cortar la cuerda que sostenia la bandera, y los colores de Inglaterra habian caido á sus pies, pero su fisonomía estaba tranquila y serena en la hora de su primer triunfo, y los rayos de sus esperanzas brillaban al rededor de su frente, llena de belleza y lozanía. Puso el pie sobre el escudo de armas con los cuarteles del Reino-Unido, dirigió á lo lejos por el espacio una implacable mirada de desafio, y pronunció entre dientes varias palabras que no llegaron á oídos de sus compañeros. Cortó en seguida con su puñal el tercer cuartel de las armas de Inglaterra, en que está el arpa de oro de Irlanda sobre campo azul, lo estrechó contra su pecho, y empapando en sangre todo lo demás hasta enrojecerlo, izó él mismo en el asta el nuevo estandarte, en medio de los frenéticos vivas de los vencedores.

Ya era de dia claro, y el puente, cubierto de sangre y cadáveres, ostentaba sus horrores á los brillantes rayos del sol naciente. De los deportados, aunque la mayor parte heridos, no habia muerto mas que uno solo, y esta pérdida se compensa-

ba con la adquisicion del marinero largo, Paddy O-Chrane, el cual habia saludado el pabellon rojo con un juramento de varias partes tan bien combinadas, que Pablo Waterfield le apretó desde luego la mano en señal de simpatía. En el castillo de proa habria atados como unos treinta marineros ingleses, pero la situacion de los vencedores era todavía, sin embargo, muy insegura, porque si bien eran dueños del campo, tenian debajo de ellos, en las baterías, ciento cincuenta hombres enemigos que no habian combatido, resueltos y muy bien armados. La empresa, pues, no estaba indudablemente mas que empezada, y Fergus reunió toda su gente junto al palo de mesana, y celebró una especie de consejo, en el que todos los pareceres estuvieron unánimes y conformes en un punto, á saber: que era indispensable hacerse dueños de la corbeta. ¿Pero cómo? en esto fueron menos explícitos los oradores: Pablo Waterfield dijo, que no habia mas que abrir las escotillas, y hacer cada uno su deber: Smith recitó un texto del libro de Job, y Randal propuso que se amenazara á los de

abajo con horadar el buque por afuera, y sumergirlo hasta las troneras.

— Y ellos os amenazarán, replicó el viejo Ned, con pegar fuego á la santa Bárbara. Ya veis que tenemos juegos iguales.... Pero nuestro capitán, añadió haciendo una cortesía á Fergus, indicó, si la memoria no me engaña, que tenia inteligencias en la *Ceres*.

— Verdad es, dijo Waterfield.

— Fergus se sonrojó, pero el consejo no tuvo tiempo para notarlo, porque Paddy O-Chrane exclamó en seguida:

— ¡Rayo del cielo! ¡el digno caballero tenia razon en suponer eso, ó que Dios nos castigue! picaros que sois, ó mas bien ¡mil tempestades! honrados y escelentes compañeros; porque todos me parecis buenos compañeros, escepto el negro sin lana y la pequeña marimacho.... ¿Se me permite hablar?

Fergus hizo una seña afirmativa, y Paddy, gesticulando con lentitud, y en diverso sentido de lo mismo que decia, continuó:

— Yo soy Paddy O-Chrane, es preciso que lo sepais, aunque me haya de ver aho-

gado por la hembra de Satanás! y poco me ha faltado ¡fuego del cielo!... Paddy O-Chrane, de Tipperary, en Irlanda, al otro lado del canal; lo juro por la parte que me toca en el paraíso, ¡rayo del cielo!

—¿Adónde querrá ir á parar este perillan? murmuró el rey Lear.

—Vos si que sois perillan, viejo Ned, continuó Paddy imperturbable; os conozco bien, buen viejo.... hace tres años os sacudí veinticinco palos sobre el puente del *Cumberland*, ¡Dios nos castigue! que está en la rada de Weymouth, ¡mil tempestades! y del que me han hecho trasbordar á esta corbeta del infierno, en la que acabo de escapar de una buena, ¡mil condenaciones!

—Amigo mio, le dijo Smith con mucha dulzura, ¿no podeis suspender esas blasfemias? El libro ha dicho....

—Qué libro de mis pecados.... me parece que he pedido permiso para hablar....

—Acercaos aquí, le interrumpió Fergus.

Abrióse el círculo, y se colocó el marineró en medio de él, honor que sin duda

le lisongeó mucho, porque estiró cuanto pudo su largo cuerpo, y se puso en jarras con aire á un mismo tiempo vano é ingénuo, que cuadraba maravillosamente con su franca fisonomía.

—Procurad contestar brevemente, le dijo Fergus; ¿hay en la corbeta mas marineros que vos enganchados por fuerza?

—En cuanto á responder pronto, empezó á decir Paddy, yo supongo, ¡trueno del cielo!...

Fergus dió una patada en el suelo, y Paddy volvió su vista á mirarlo, y perdiendo como por encanto la seguridad que mostraba, tartamudeó:

—Bien; caballero, responderé lo mejor que pueda á Vuestro Honor.... ¡Ira de Dios! ¡no he visto en mi vida mirada semejante!.. En la corbeta hay cuatro hombres como yo, traídos del *Cumberland*.... No es gran cosa, pero conozco como unos cincuenta, que bailarían con gusto al rededor de vuestra bandera roja.... Y aguardad, añadió volviéndose con viveza hácia donde estaban los marineros atados; no hay que ir muy lejos para hallar algunos.... Mirad

¡Dios nos condene!.... menos á Vuestro Honor.... allí está Sam, el contramaestre, que os lo recomiendo como el mas incurable de los descreidos, buen muchacho.... y Gibby tambien, ¡mil rayos! y aun Blount el manco, ¡mil brujas!... aguardad....

En seguida le quitó de la mano al mator de bueyes pasmado una hacha que le habia servido en el combate, y se dirigió apresuradamente á la escotilla grande, cogiendo al paso del suelo la bocina del teniente Napier, y creyendo todos que la iba á abrir, se echaron sobre él para impedirselo, pero Fergus los contuvo diciéndoles:

— Dejadlo hacer.

— ¡Sí! ¡sí! ¡por Lucifer y su marmita! dejadme hacer, dijo Paddy, y añadió dando un hachazo bien firme en un ángulo del tablero de la escotilla grande; ¡ya vereis!

Descargó otro segundo golpe, y hasta un tercero que hizo saltar un pedazo hecho astillas, dejando abierto un boquete como de dos palmos, por el cual metió la bocina, se hincó de rodillas, y guiñando un ojo, dijo:

— Voy á hablar en razon á estos caballeros,

Vuestro Honor, ¡el diablo nos ase á todos!

Aplicó la bocina á sus labios y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—Aquí arriba todos somos degollados, hasta el último, ¡así muera yo en un patíbulo!... Estos furiosos malvados, muy buena gente, ¡Dios nos condene! son dueños del fuerte desde el molinete hasta la vitácora. ¡Tempestades! ¿cómo quereis resistir á doscientos facinerosos, que el mas chico levanta un palmo mas que yo?

Estas últimas palabras las pronunció con un tono de espanto tan enfático y natural, que el rey Lear aplaudió la ocurrencia, y todos se echaron á reir á carcajadas: pero Paddy, quitando la boca de la bocina, gruñó con mal humor:

—¡Un poco de silencio, señores! sino sois tan grandes como yo, ¡trueno del cielo! sois mas gruesos, ¡así nos veamos en manos del verdugo!... y en todo caso, la invencion algo vale, y espero me hareis contramaestre á lo menos.

—¡Yo lo fio! exclamó el viejo Ned.

Paddy aplicó otra vez la boca á la bocina, y continuó:

— Los doscientos bandidos hablan de pegar fuego al buque, si no os rendis pronto; ¡entended bien esto, por Belzebú!... Y lo harán como lo dicen, porque son muy buenos caballeros incapaces de mentir.... Tomad la bocina de combate, que limpié yo antes de ayer.... está en la cámara del teniente Napier.... ¡Pobre teniente! ¡triple blasfemia! tiene la cabeza hendida hasta la barba ¡qué el diablo se lo lleve!... Tomad la bocina, abrid una tronera, y gritad, ¡cuartel! ¡Dios nos condene!

Paddy calló, y á muy poco se abrió una tronera y sonó la bocina, preguntando:

— ¡Son franceses los que están á bordo?

— ¡Qué diablo! replicó Paddy; ¡qué!... son foragidos como vosotros y yo, ¡por Satanás y sus uñas!... Doscientos bravos ingleses, ¡mil rayos! ¡mas feos que el demonio, que nos tueste á todos!

— ¿Se nos promete la vida? dijo la voz de la tronera.

— Si os despachais pronto, ¡condenacion!... ¡condenacion para vosotros y para mí! se os tratará como amigos, ¡qué diablo!.... sino, ¡tempestades!

—Nos rendimos: abrid la escotilla; dijo la voz.

Paddy se fue á levantar, pero Fergus lo detuvo, pues aunque era natural, que aquellos pobres diablos bloqueados en las baterías, sin gefes que los animáran á la defensa, y creyendo por otra parte que tenían que luchar con una fuerza superior, se rindieran de buena fe, el corto número de los agresores exigía obrar con prudencia. Así, pues, le dijo:

—Anunciadles que hay veinte mosquetes asestados á la boca de la escotilla, y que han de salir sin armas, y de dos en dos. Decidles además, que á la menor señal de resistencia lloverán proyectiles por la escotilla.

Paddy trasladó dócilmente esta orden, sazónándola con una porcion de sus blasfemias favoritas, y los deportados se colocaron al rededor de la escotilla con los cuchillos en la mano, algo separados de ella para que los marineros no pudiesen ver su escaso número y la clase de sus armas. Así que se presentaron los dos primeros, los ataron en un abrir y cerrar de ojos, y Paddy

gritó con la bocina: ¡Otros dos! y así lo fue haciendo sucesivamente hasta los últimos.

Aquellos hombres llegaban aterrados á la boca de la escotilla, donde eran recibidos poniéndoles la afilada punta de un puñal al pecho, y diciéndoles ¡silencio! y ni uno siquiera chistó. Cuando quedó atada la última pareja como las demás, se encontraron sobre el puente de la *Ceres* ciento y ochenta marineros ingleses, guardados por unos treinta proscritos, que la mayor parte eran el día antes criados de otros tales, que se habian rehabilitado enriqueciéndose bien ó mal. Era cosa de ver las figuras tristes y pasmadas de aquellos hombres eugañados con un ardid tan vulgar y sencillo que, contando con despecho el número de sus vencedores, buscaban en vano sus mosquetes, sus terribles granadas, y maldecian con todo su corazon al buen Paddy O-Chrane. Mas le hacian con ello un agravio, pues aunque el marinero largo no tuviese las formas torneadas y carnosas, que los pintores de todos los paises atribuyen á los ángeles, no obstante que son se-

res inmateriales, habia desempeñado en aquella ocasion el oficio de estos nuncios de paz y misericordia. Gracias á él, la sangre ya seca de la primera refriega no se habia cubierto de otra capa mas espesa, gracias á él habia terminado por fin la carnicería, y gracias á él, por último, habian salvado la vida muchos súbditos del rey, inocentes y buenos: merecia, pues, no maldiciones, sino una corona cívica. Porque empeñado otra vez el combate entre la tropa de Fergus y los marineros acosados en su encierro, el choque habria sido horroroso, atroz y terrible, y Fergus hubiera vencido, como debia vencer en luchas aun mas desiguales: ¿pero cuántos hombres habrian quedado vivos sobre el puente de la corbeta *Ceres* despues de la refriega? ¡Y cuántos cadáveres!

No hay duda que el marinero de seis pies de largo manifestaba muy poca ambicion, estimando el mismo sus servicios acreedores al modesto premio del destino de contraamaestre, pero tal era el carácter del escelente y virtuoso **Paddy O-Chrane**. Por no darse valor ni importancia, debia

permanecer toda su vida en una posición secundaria, y vejetar en la medianía, por mas que abundáran las riquezas en el camino por donde marchaba...

Fergus, durante la última parte de esta escena, se habia mantenido algo distante, porque mitigado su ardor, no era ya proporcionado á su posición el papel que hubiera podido hacer. Así que los prisioneros estuvieron colocados en fila y alineados á lo largo del puente, dió la vuelta al buque y fue á tirarse al pie del palo mayor, donde señalando con el dedo la enrojecida bandera, cuyos pesados y húmedos pliegues desarrollaba la brisa, dijo:

— Esa bandera es una señal de guerra contra todo el mundo... Combatiremos por el oro, porque el oro os proporcionará á vosotros riquezas y goces, y á mí armas para otra lucha... Al que se quede conmigo, le ofrezco riquezas, ó la muerte... riquezas con los bienes de los que encontremos en nuestro camino... Ingleses, ¿hay entre vosotros algunos que quieran participar de nuestra fortuna?

Sintióse un estremecimiento general en

las filas de los prisioneros, y Paddy empezó á decir:

— ¡Sí, mil tempestades! que me quemén á fuego lento si estos codiciosos bribones...

— ¡Silencio! le interrumpió Fergus: desatadles las piernas á esos hombres. Así se hizo, los prisioneros se pusieron en pie con solo las manos atadas á la espalda, y Fergus repuso:

— Escoged ahora entre una vida libre con un jefe de vuestra decision, y la pesada esclavitud que os oprimia ayer; escoged entre la riqueza y la miseria... Los que quieran seguir nuestra suerte, que den un paso adelante.

Hubo un momento de perplegidad, hasta que Sam el contraмаestre salió el primero, y le siguieron otros varios, y al cabo de un minuto los marineros prisioneros estaban divididos en dos mitades.

— Preparad la falúa y el bote, dijo Fergus.

Con la mayor prontitud y silencio fueron trasebordados á ambos buques de sesenta á ochenta marineros, con el suficiente nú-

mero de remeros y se dirigieron hácia la punta de Cow-Hill: los que se iban tenían prisa por verificarlo, y los que se quedaban no pudieron dejar de sentir un movimiento de vergüenza.

Al regresar las dos embarcaciones no había ya prisioneros á bordo de la *Ceres*, todos estaban libres y trabajando: Sam, como marino viejo y experimentado, empuñaba la bocina y mandaba la maniobra. Aun estaba el sol muy cerca del horizonte, cuando la corbeta, cubriendo de lona sus vergas, se inclinó graciosamente al soplo de la brisa de tierra, y como los marineros desembarcados habían tenido tiempo para llegar á Sidney, y esparcir la estraña novedad ocurrida, se veía agolpado en los muelles un inmenso gentío.

La tripulacion entera, menos los artilleros, se reunió al rededor del palo de mesana en el momento en que la *Ceres*, sensible al viento, giraba para volver su proa en direccion opuesta á él como una yegua veloz de los desiertos del Norte que, indecisa en la direccion que ha de tomar, abre sus narices humeantes á derecha, izquierda y

frente para lanzarse en seguida al espacio y devorarlo. Las gentes de Sidney pudieron distinguir perfectamente un hombre de hermosa estatura que, agitando su sombrero, saludaba el pabellon desplegado á la brisa, todos los marineros se descubrieron tambien á la vez, y por los mecidos costados de la corbeta corrieron copos de humo; entonces llegó á los oidos de los que estaban en el muelle el confusa eco de un triple hurra seguido de una salva de artillería.

Por la tarde, desde la punta de South-Head, se percibia en lontananza en el horizonte un punto blanquizeo, como un copo de espuma, que podia ser muy bien la nevada ala de un pájaro de mar, pero que los soldados de guardia de aquel punto decian que era la corbeta *Ceres*.

27.

En el mar.

Hacia un año que cruzaba los mares de la India un buque, á que ningun crucero se habia podido acercar lo bastante para reconocerlo: navegaba con todos los pabellones; tan pronto se veia ondear en su palo de mesana la bandera blanca de los reyes de Francia, que acababa de recobrar su imperio en la persona de Luis de Borbon, legítimo heredero de sus abuelos; tan pronto mostraba las diez y seis puntas de la

cruz blanca y roja resaltando sobre el cuartel azul del gran pabellon de Inglaterra, como los tres colores holandeses, los castillos y leones del escudo real de España, ó las argentadas estrellas de la Union Americana sembradas en campo azul. Un bergantin de la isla de Francia, que habia corrido un temporal en sus aguas, leyó en el coronamiento de popa, debajo de un escudo de armas borrado *la Misteriosa*, el cual era el único bagel que podia dar esta seña, pues aunque es probable que otros se habrian acercado mas á ella, ninguno habia vuelto al puerto. *La Misteriosa*, por último, tenia el andar orgulloso de un cruce-ro: su elegante casco redondeaba graciosamente la proa, sin aquel tajamar de los corsarios, endeble, puntiagudo y largo, y su arboladura elevada y simétrica, no tenia la exagerada altura que suelen dar por lo comun á sus aparejos los piratas, cuya principal fuerza consiste en la velocidad de su marcha.

Nadie supo al pronto el género á que pertenecia aquel buque: los franceses creyeron á la corbeta *la Misteriosa* un buque

inglés, la tuvieron los ingleses por procedente de Francia, y las demás naciones conjeturaron cada una á su modo, mas á muy poco tiempo todos llegaron á sospechar que fuese un pirata. En esta opinion habia mucho de verdad, porque era en efecto pirata, pero era tambien al mismo tiempo un buque de guerra, un crucero magnífico, tal vez el mas bello que habia salido nunca de los astilleros de S. M. B.: era la corbeta *Ceres* disfrazada, á la que sus nuevos dueños habian puesto una máscara, y bautizádola á su gusto.

Hacia ya cerca de diez y ocho meses que Fergus abandonara como vencedor la rada de Sidney, y su vida en este tiempo habia estado constantemente llena de trabajos y aventuras. Aquella oculta facultad de seducir, ó mejor diríamos, de encantar, que ya hemos visto en él, no tardó mucho en producir su efecto sobre la heterogénea tripulacion de la corbeta conquistada, pues á muy poco tiempo egercia á bordo una especie de poder divino, sin la menor restriccion. Habia allí caracteres, sin embargo, no fáciles de manejar: el matador de

bueyes Pablo Waterfield, por egemplo, Smith, que frio é hipócrita por naturaleza, no era por eso menos enérgico; el rey Lear, en fin, soldado viejo, encanecido en una guerra continua contra la sociedad, gozándose en el crimen escéptico, festivo, y que conservaba resabios de la desvergüenza de entre bastidores, no obstante la mucha sangre que pesaba sobre su conciencia. En cuanto á Randal Grahame, estaba hacia mucho tiempo supeditado por Fergus.

Pero además de estos bandidos procedentes de Sidney, habia á bordo de la corbeta marineros, y es bien sabido que la gente de mar, toda sin escepcion, no otorga su confianza sino á los marinos que saben y valen mas que ellos. El hombre que puede mandar una maniobra difícil, y empuñar bien la bocina en una tempestad es el único que tienen por grande y respetable, y nada les importa lo demás, porque el manejo y defensa del buque traza á su alrededor un círculo fatal, fuera del que no hay nada, ó solo cosas ridículas, inútiles ó despreciables á sus ojos. Fergus no

era marino, y por consiguiente en cuanto á maniobras quedaba fuera de la gerarquía activa, y solo en las horas de combate recobraba el primer puesto, lo cual era una condicion extraordinaria, inaudita, y sobremanera desfavorable para él. Porque para un marinero, el mas ínfimo contra-maestre, con tal que sepa la rutina de su oficio, es muy superior á un hombre de genio y talento que sea incapáz de hacer una empalmadura, ó de cantar en el cabrestante, y por esto puede juzgarse lo que este mismo hombre será para un contra-maestre. Pues á pesar de todo, marineros, contra-maestres, y oficiales improvisados, se sometieron absolutamente á la voluntad de Fergus, con repugnancia en verdad, y de mala gana al principio, pero poco á poco fue entrando el cariño, y como los marinos nada saben hacer á medias, todos le consagraron al fin un afecto respetuoso y sin limites.

Paddy O-Chrane, ascendido á segundo contra-maestre por su comportamiento el dia del combate en la rada de Sidney, expresaba á su manera este encanto de la

tripulacion en cuanto podia ser espresado.

—Mira, Absalon, calvo maldito, le decia al negro, que se habia hecho su camarada y amigo, puedes contárselo á quien se te antoje, ¡voto á Dios!... Su Honor no es marino, Absalon, ¡qué diablo!... pero, pelado miserable, yo me entiendo... ¡condenados seamos ambos!

Pasaron algunos meses, y la *Misteriosa* conocida ya por los buques de guerra y los mercantes, vió multiplicársele la persecucion y los obstáculos, y muchas veces debió su salvacion á la incomparable velocidad de su marcha, y á la presencia de espíritu y sangre fria de Sam. Solo la pluma de oro de Smollet, ó el pincel del gran novelista americano Cooper podrian bosquejar la vida de combates, peligros y pillage que se tenia á bordo de la *Misteriosa*, pero aun cuando tuviésemos nosotros uno de esos ilustres nombres deberíamos no hacerlo para que no se nos tachase de impostores. La necesidad que nos ha alejado de Lóndres nuestro centro, no sería escusa bastante para entretenernos á describir la agitada y azarosa vida del pirata, y

para que pudiéramos permanecer mas tiempo á bordo de la *Misteriosa*, seria preciso amarrarla en el Támesis, junto al puente, cosa que presentaria terribles dificultades, y por lo tanto nos limitaremos á ciertos hechos necesarios para la inteligencia de nuestra historia.

Fergus O-Breane no se habia hecho pirata con el solo fin de enriquecerse con el pillage mas ó menos considerable; fuera de esto abrigaba otro proyecto mas grande, y cada paso suyo en los cuatro años que corria los mares, fue una piedra asentada en el gigantesco edificio de que se habia constituido arquitecto. Sus ataques y piraterías, aunque sin dirigirse esclusivamente contra los buques ingleses, echaron á pique y volaron mas naves de la compañía de las Indias, que todos los corsarios franceses juntos, y esto no era mas que un pormenor, una circunstancia pequeña de su plan, segun el cual, debia ser atacada la compañía por otros medios mas eficaces y poderosos, que minaran por su base la existencia de este poder mercantil, uno de los mas sólidos apoyos de la Inglaterra.

Sus cruceros por el Océano indiano los aprovechó muchas veces para recorrer y visitar todo el litoral, pues dejando el mando de la corbeta á Randal Grahame, se trasbordaba á un buque apresado, y hacia largas escursiones por el golfo de Bengala, y en los mares de la China ó la Arabia. Con los papeles cogidos en su presa se hacia tener fácilmente por un capitán mercante, ó por un especulador que iba á hacer personalmente su comercio.

Por este medio inspeccionó y examinó una á una muy despacio todas las factorias de la compañía, y se internó tierra adentro siempre que le llamó la atención algún establecimiento importante, pues como su anterior estudio le habia descubierto muchos elementos de disolucion, quiso tocarlos con la mano, y poder añadir así una batería mas á su plan de campaña. En China vió y tocó lo que apenas se sospechaba entonces en Europa, el sin número de buques cargados de opio, que arrojaban en las costas cargamentos enteros de este veneno; supo que este odioso tráfico no producía á la Inglaterra menos de cuatro

millones de esterlinas, y halló esta nueva arma que poder volver contra su enemigo. En las bocas del Indo, por último, descubrió una fermentacion sorda entre los pueblos sujetos, y conoció que el menor incidente podia producir una esplosion en un pais, donde vivian ocultos centenares de príncipes bárbaramente despojados de sus estados, ó esclavos al servicio de sus vencedores.

Despues de estas escursiones volvía á la corbeta para que ausencias demasiado prolongadas no relajaran el dominio que habia adquirido sobre aquellos hombres enérgicos y vigorosos que lo obedecian ciegamente, y con quienes contaba para que le sirvieran de instrumentos de su cólera, pues esta, en vez de disminuir, se habia aumentado cada dia mas. Por todas partes y á cada paso encontraba á la Inglaterra codiciosa, usurpadura, péfida, abusando de su fuerza, y sacando oro de la sangre ó el sudor de los pueblos: por todas partes sin duda, porque no pisaba una pulgada de terreno en las costas de aquel mar inmenso, en que el nombre inglés no fuese cono-

cido, temido y detestado. Por doquiera se encontraba el comercio de la Gran-Bretaña imponiendo sus desleales transacciones apoyado en la pólvora y las balas, pues aquella parte del globo parecia que abandonada por el cielo habia sido entregada á la mano rapáz de la Inglaterra, que en toda ella dejaba huellas de miseria, lágrimas y ruinas. Fergus contemplaba con júbilo aquellos estragos sin número, aquellos inauditos agravios que solo Dios puede conocer y castigar, y el júbilo hacia callar en él la compasion, porque se alegraba de ver tan completamente justificado su odio con el mudo estremecimiento de cincuenta millones de pechos oprimidos que respondian á su grito de venganza.

Al dejar los mares de la India, no hizo Fergus mas que cambiar de teatro, para encontrar, con mas largos intervalos, los mismos odios comprimidos, pero dispuestos á estallar. En el cabo los *boers* holandeses, y en América uno y otro Canadá gemian con la mas horrible opresion, y exhalaban ya quegidos de desesperacion, que debian hallar muy luego eco eficaz en

un corazon francés. Con los primeros se avistó Fergus y reclutó entre ellos sus marineros, estuvo mas de un mes en el alto y bajo Canadá, y al pasar desde el Cabo á América tocó en Santa Elena.

Sabido es el rigor con que los agentes británicos guardaban aquella árida roca, que debia ser la tumba del monarca mas grande y mas glorioso de nuestros dias: su gobernador Hudson-Lowe, á quien los franceses maldicen con tanta furia, no era mas que instrumento dócil de sus señores, y tal vez no debieran haberse encarnizado tanto con un servidor pagado espresamente para hacer mal á los oradores y poetas del continente en sus eternas filípicas. Hudson-Lowe era el brazo, y la cabeza que ordenaba y disponia sus movimientos estaba en Lóndres, de donde partió poco tiempo há el yath real conduciendo á nuestra augusta soberana á recibir en territorio francés reiteradas protestas de consideracion y respeto. Acompañáronla ministros del rey Jorge, ministros de 1816, y ya hacia dos años que reposaban las cenizas del emperador Napoleon bajo la cúpula de los

inválidos. ¿Será acaso que los pueblos no tengan memoria? ¿O mentian por ventura los periódicos franceses cuando nos referian minuciosamente el triunfo póstumo consagrado á su emperador?

Los franceses, con especialidad en los primeros años, obtenian con suma dificultad en Santa Elena permiso para visitar al prisionero imperial, mas no era lo mismo con los ingleses, y Fergus lo tuvo con el nombre de un capitan de un buque de la compañía que habia apresado. A la puesta del sol volvía de Longwood, para donde habia salido muy de mañana, y sus marineros lo esperaban al lado del muelle, y mientras se dirigia á buscarlos, brillaba en su rostro un entusiasmo grave, y conservaban sus ojos cierta espresion de austero y religioso respeto. Cuatro horas habia pasado con el vencido de Waterloo, con aquel semi-Dios, que tiene ya para nosotros las proporciones colosales de los héroes de la antigüedad, y habia visto y hablado á aquel gigante abatido por la Providencia y no por los hombres, á aquel gran monarca precipitado de tanta altura á tal bajeza,

que el mas mediano de los generales europeos, Arturo Wellesley, duque de Wellington, podia entonces mandarse retratar á sí mismo en figura de Aquiles, y en su estúpido orgullo hacerle poner á Héctor caido las facciones del prisionero de Santa Elena! Fergus, pues, habia bebido durante cuatro horas en la fuente de la inteligencia mas vasta, mas luminosa, mas atrevida, que ha deslumbrado jamás al mundo, y volvía lleno aun de aquella impo- nente manera de espresarse, tan magnífica en su enfático laconismo; volvía robustecido con fuerza nueva, volvía engrandecido á sus propios ojos, y tranquilo y confirmado en su propósito. ¿Qué habia pasado entre el oscuro pirata, y el hombre que poco antes se sentaba sobre el primer trono del mundo? A las repetidas preguntas de sus compañeros, Fergus únicamente respondia: ¡Lo he visto!

En una nebulosa mañana de los últimos dias de Noviembre, un hermoso bergantin mercante procedente del canal de san Jorge, dobló la punta norte de la isla de Mar, é hizo rumbo hácia las costas de Es-

cocia, impeliéndolo rápidamente el viento y la marea sobre el Solway, y aun dejaba ver él solo su rojizo disco á bastante altura sobre el horizonte, cuando las anclas del bergantín bajaron á buscar un punto de apoyo en el fondo del agua casi enfrente de Dumfries. Los marineros se formaron sobre el puente y se quitaron los sombreros abriendo paso á dos hombres que acababan de subir por la escotilla, y eran Fergus y Randal Grabame, á quienes esperaba la lancha que estaba ya en el agua. Ambos bajaron á ella y seis remeros mandados por Paddy O-Chrane bogaron hácia la costa, donde uno y otro saltaron á tierra en la playa, como media legua mas allá de Dumfries, y Fergus dijo á los marineros:

— Hasta la vista: ya nos encontraremos.

Paddy abrió la boca, pero no le pareció suficiente para espresar su sentimiento ninguna de las blasfemias que tenia siempre reservadas para las grandes ocasiones, por cuya razon se contentó con quitarse el sombrero, murmurando:

— Señor.... ¡Satanás y su muger!...

¡Que Dios os bendiga, condenados seamos todos!

Fergus le hizo una seña con la mano, Paddy se volvió á poner el sombrero y la lancha se dirigió al bergantin.

Nuestros dos viajeros, sencillamente vestidos, y con las capas debajo del brazo se internaron en tierra, y caminaron en silencio por espacio de una hora sirviendo de guia Randal que parecia conocer perfectamente el pais. Despues de haber seguido las mil revueltas de una senda, que subia desde la playa á un alto muy escarpado, llegaron á una llanura cubierta á trechos de una vegetacion árida y quemada por los vientos del mar, desde donde alcanzaba la vista á una distancia enorme, dominando al Occidente todo el mar, y al Sur las dentelladas costas del Cumberland al otro lado del golfo: la brisa se habia levantado, y se veia correr la niebla empujada por un viento de Oeste hácia lo mas estrecho del Solway. Fergus y Randal se pararon allí, y vieron por el lado de Irlanda perderse el bergantin que los habia traído, mostrando aun sus altas velas enro-

jecidas por los oblicuos rayos del sol de poniente. Fergus se pasó la mano por la frente, se llenó de melancolía su semblante, y dijo:

—De aquí á un momento ya no le veremos mas. Ha caido el telon del primer acto de nuestro drama: ¿cuál será el segundo?... Yo creo saberlo, pero Dios solo es quien sabe la verdad.... Ya hace cuatro años que estoy trabajando, Randal.

—Y de dos años á esta parte, Fergus, replicó aquel, soy bastante rico para pasarlo como un príncipe. Por cierto que si yo estuviera en vuestro lugar, aprovecharia el buen tiempo... me iria á Lóndres... abatiria con mi lujo á ese mentecato Godofredo de Lancaster....

—Ya me habia olvidado de Godofredo de Lancaster, dijo Fergus.

—Lo creo muy bien.... Vos sois así, repuso Randal. Yo sé de vuestros secretos meramente lo que alguna rara vez me habeis querido confiar, como hoy, que por casualidad he descubierto un pequeñísimo átomo del misterio de vuestro corazon... No me quejo, porque tal vez vuestro se-

creto entero sería una carga muy pesada... sé vuestro objeto.... al menos el que os proponiais hace cuatro años....

—Se puede haber cambiado: le interrumpió Fergus.

—¡En hora buena!... dijo Randal. Pero reservadlo todo para vos Ó-Breane, y servicios de mí, como si nada tuvierais que descubrirme.

—Gracias, contestó Fergus con distraccion.

Dirigiendo en seguida su vista hácia la costa de Inglaterra, fueron insensiblemente animándose sus ojos, hasta que se encendieron en cólera y amenaza, y murmuró:

—¡Iré, sí!... ¡algún dia pondré los pies en tu maldito suelo!... pero no antes de haberte rodeado de enemigos y de asechanzas.... Abriré despacio la trinchera antes de dar el asalto... ¡Mas cuán largo es esto, Dios mio! ¡y cuánto lo deseo!

Randal lo contemplaba con curiosa atencion, y su rostro escocés, cuya parte inferior cubria una espesa barba, de un rojo á trechos mas claro, y en otros mas encen-

dido que el de su pelo, tenia una espresion difícil de definir. La luz que llegaba sin obstáculo á sus pupilas azules, á que no hacian sombra las cejas, les daba un brillo particular de audacia y franqueza, al través de la cual se advertia en aquel momento de duda una especie de incertidumbre involuntaria entre la paternal solicitud de un criado viejo por su jóven amo y el respeto de un soldado á su gefe, hasta que desechando al fin su preocupacion, para recobrar la indiferencia natural de su carácter, dijo:

—El camino es largo; nos faltan siete ú ocho millas para llegar á Santa María de Crewe: si me quereis creer, echemos á andar.

Fergus volvió de repente la espalda al mar, y continuaron su viage. El pais presentaba el aspecto pintoresco y medio salvaje de los campos de Escocia, y como el dia iba ya cayendo la oscuridad lo hacia cada vez mas sombrío. Randal parecia conocer perfectamente el camino, pues nunca titubeaba entre los muchos que á cada paso se cruzaban, y Fergus seguia absorto

en sus reflexiones, hasta que repentinamente dijo:

—¿Pero es posible que no sepa nadie la existencia de los subterráneos?

—Pueblos ha habido que pasaron mil años sin descubrir la mina de oro que tenían debajo de sus pies, contestó Randal. Puedo aseguraros que en mi tiempo eran absolutamente desconocidos, y si yo me hubiera ocultado en ellos en vez de irme á los montes, es bien seguro que los jueces de Glasgow no hubieran tenido el trabajo de enviarme á los pontones.... Tienen dos salidas que pueden desafiar al ojo mas perspicaz: la una dá al gran salon del castillo de Crewe... magnífico edificio por cierto, pero que se está arruinando, y que podreis comprar por muy poco.... y la segunda se abre, ó por mejor decir, se cierra en la casa en que vivia mi padre, y en que tal vez vive aun, y la cubre un pedazo de pared que gira sobre una gran viga. Al ver aquella pared tan antigua, todos los comisarios juntos de los tres reinos declararían que no ha podido haber allí paso ninguno de muchos siglos acá.... os digo la pura

verdad: los anticuarios de Edimburgo hacen subir aquella construccion á los tiempos de Alfredo el grande.

—¿Y son muy grandes esos subterráneos?

—Mil veces se ha perdido en ellos mi padre buscando los tesoros de los monges de Santa María.... Son tan grandes como el parque de san James.

—¿Pero vuestro padre, Randal, no podrá haber revelado su existencia?

—¿Pues no os he dicho que mi padre creia que habia allí un tesoro?

Ya era enteramente de noche, y nuestros viajeros dejaron la senda que llevaban y tomaron otra mas ancha y mejor, que era la carretera entre Carlisle y Glasgow á la izquierda de Anan, cuyas luces se veian por entre las ramas desnudas de los árboles. Este camino lo conocen ya nuestros lectores porque lo atravesaron siguiendo la silla de posta conducida por Saunie el labrador, en que iban Frank Perceval y su hermana Harriet la noche de los estraños y terribles sucesos que ocasionaron la muerte de esta última. Randal se paró pre-

cisamente en el mismo sitio en que la silla de posta tropezó contra un árbol atravesado en el camino, y dijo:

—Aquí está ya la casa de mi padre, al otro lado de ese bosque.

Dos minutos despues habian ya salvado el bosque, y visto la luz de la casa de Randal, en la que les ladró un perro al acercarse.

—¡Oh! ¡oh! murmuró el escocés, el viejo Bill habrá muerto sin duda porque ésta no es su voz.

Temblábale á él la suya al decir esto, y la corta distancia que le faltaba para llegar á la casa la atravesó de un brinco y agarró el picaporte.

—La puerta está cerrada por dentro, dijo: ¡mi padre no la cerraba nunca!

Llamó en seguida, y abriéndose una ventana, preguntó con voz alterada:

—¿El anciano Randal Grahame?

—Murió hace dos años; contestaron.

Se cerró otra vez la ventana, y Randal murmuró:

—Yo deseaba que fuera rico en sus últimos dias, y me lo encuentro muerto

y habitando un extraño nuestra casa.....
 ¡Ah! ya estoy solo en el mundo, y ahora soy vuestro mas que nunca.

Fergus le estrechó la mano diciéndole algunas palabras de consuelo, y él prosiguió así:

— Sí, es verdad, **Mr. O-Breane**, todos tenemos que morir.... pero hubiera sido mejor que yo no lo abandonara.... ¡Ah!... ¡y es **Mac-Nab** el que vive en nuestra casa!... lo he conocido.... Dicen que es buen sugeto.... pero sin embargo ha cerrado la ventana sin ofrecer un abrigo á los caminantes.

— ¿Estais bien seguro de que es **Mr. Mac-Nab** el que habló? preguntó Fergus.

— Segurísimo, contestó Randal, y muy pronto lo estaré mas, porque es indispensable que pase yo la noche en la casa de mi padre, y rece en el cuarto en que murió.... ¡porque ha muerto! añadió con voz ahogada por los sollozos. Sí, sí.... ¿no habeis oido á ese hombre?... ¡murió hace dos años!... Vamos, Fergus, marchemos... os llevaré á la granja de **Leed**, ya que quereis ver á **Mac-Farlane**, y despues

volveré aquí, donde mi padre.... ¡Y no necesitaré pedirle hospitalidad á ese Mac-Nab!

Pasó en seguida por detrás de la casa, echó á andar por un campo lleno de ruinas, y á los diez minutos tropezaron con la pared de un parque, en cuyo centro se elevaba un edificio grande, que Fergus conjeturó seria el castillo de Grewe, y bajando en seguida por la vertiente de la colina, llegaron á la granja de Leed, que Randal le indicó á Fergus con la mano, y se marchó corriendo.

Fergus viendo la puerta abierta, entró en la granja, y encontró sentadas á una mesa, y cenando, una muger jóven y dos niñas, y debajo de la campana de la chimenea un hombre con la cara entre las manos, que al ruido que hizo aquel al entrar, levantó la cabeza, y mostró un rostro pálido, con dos ojos apagados y casi sin movimiento. Fergus se dirigió á la jóven, le preguntó por Mr. Angus Mac-Farlane, y entonces el que estaba sentado en la chimenea se levantó, pero Fergus no se acordaba de haberlo visto jamás.

LXXVII.

Una semejanza.

LA jóven á quien se habia dirigido Fergus era de muy buen parecer, pero en su dulce y triste fisonomía se veian marcadas señales de dolor, y de las dos niñas que con ella estaban una tendria tres años, y la otra apenas dos, y jamás salieron del pincel de Greuze cabezas mas angelicales. Se sonreian, y ocultaban sus sonrosadas megillas contra el pecho de su madre, deramando un rayo de alegría entre el lúgu-

bre aspecto de aquella casa, en que parecia reinar el luto. La jóven contestó señalando á su marido que era el que estaba junto á la chimenea, y Fergus, despues de mirarlo un rato con suma atencion, dijo:

— ¿Hay acaso alguna otra persona que lleve el nombre de Angus Mac-Farlane?

La jóven bajó los ojos con una sonrisa forzada, y su marido entonces se vino hácia Fergus con paso muy lento, y le dijo con acento muy triste:

— ¡No hay mas que un solo hombre que se llame como acabais de decir, y este hombre está ya de mas en el mundo!... Los que lo han conocido en sus dias felices se encuentran hoy con él cara á cara y lo desconocen.... porque ha sufrido y padecido mucho, señor.... Mac-Farlane conoce aun la fisonomía de sus amigos, pero no se acuerda de sus nombres.... ¿cómo os llamais?

— ¿Será posible, murmuró Fergus con asombro, que seais vos Angus Mac-Farlane?... Pero, en efecto.... aunque estais muy demudado....

— ¿Cómo os llamais? volvió á decir el arrendador.

Fergus pronunció su nombre, y animándose las abatidas facciones de Angus con cierta especie de alegría, le tendió la mano diciéndole:

—Seais muy bien venido, O-Breane: muger, abraza á tu hermano y el mio.... hijas, festejad al amigo de vuestro padre... ¡Es preciso alegrarnos!.. sí, ¡alegrarnos!..

Mistriss Mac-Farlane agarró de la mano á sus dos niñas, y las presentó á Fergus, diciéndoles con mucha dulzura:

—Clary, y tú, Ana, besad la mano al amigo de vuestro padre.

Clary presentó su frente ruborizada, y Ana se sonrió y echó á correr.

—Alegrémonos, volvió á decir Angus. ¿Amy, no hay ya vino de Francia en la bodega de Leed? traed vino de Francia... Que vaya Duncan á llamar á mi hermano Mac-Nab.... Es preciso que nos alegremos.

El tono de Angus contrastaba de tal modo con sus palabras, que asomó una lágrima á los párpados de Amy mientras respondia:

—Tendrás vino de Francia, Mac-Far-

lane, y voy á enviar á Duncan á que llame á nuestro hermano Mac-Nab.

Fergus la detuvo con una seña, y dijo:

—Bien sabéis, Angus, que Mac-Nab no me quiere á mí.

—Es verdad.... ¿Y por qué?

—Porque él protegía en otro tiempo á Godofredo de Lancaster.

—¡White-Manor! exclamó Angus, y no pudiéndose tener en pie, cayó en el asiento de que se acababa de levantar, como si le hubieran dado un golpe en el pecho. ¿Para qué nombrarme á White-Manor?... Vete, Amy, y llévate las niñas.... ¡Ah! Fergus O-Breane, ¡cuánto me alegro de veros! Vamos á hablar de White-Manor.

Mistriss Mac-Farlane se dirigió hácia la puerta, pero antes le dijo á Fergus en voz baja y con tono de súplica:

—Han pasado cosas muy dolorosas, señor, y Dios ha turbado la razon de Mac-Farlane.... Os ruego que seais indulgente con él.

Fergus se sentó junto á la chimenea al lado de Angus, que habia envejecido en

cuatro años como si hubieran pasado quince: su frente se había arrugado, su fisonomía franca y abierta había tomado una sombría espresion de tristeza, y el pelo que salia por debajo de su gorro era todo entrecano. Fergus lo consideró un instante con dolor y compasion, porque él y Angus se habian amado en otro tiempo por instinto y como se aman un hombre y una muger. Estas amistades son las que siempre duran, y las que olvidadas renacen con mas fuerza y vigor, porque no traen su origen ni de la estimacion, ni de la conformidad de caracteres y sentimientos, cosas todas que perecen ó se cambian como hijas del raciocinio, sino únicamente del corazon. Este no cambia jamás, como los sentidos, ó el interés, ó la ambicion, que son sus pérfidos y malos consejeros no le inspiren la inconstancia: y tanto O-Breane como Mac-Farlane eran superiores al interés, y en cuanto á la ambicion Angus no la conocia, y Fergus tenia otra pasion muy diversa y muy fuerte.

—Yo creia encontraros feliz Mac-Farlane, le dijo Fergus despues de un corto silencio.

— Lo soy con volveros á ver, hermano Fergus, contestó aquel que parecia algun tanto tranquilo; derramé lágrimas de cólera hace cuatro años cuando supe vuestra desgracia.... ¡Fergus! ¡mi noble hermano Fergus acusado de asesino, condenado por asesino! pues nada supe de vuestra acusacion hasta la resolucion del jurado... Mac-Nab tuvo la culpa, que no os queria.... Abracémonos, O-Breane, y decidme que sois mi amigo como antes.

— Siempre soy vuestro hermano, Mac-Farlane, y en el proyecto que absorve mi vida entera teneis vuestro lugar y vuestro papel, y sois el único hombre en el mundo á quien descubriré mi corazon.

Angus se pasó la mano por la frente, y murmuró:

— ¡Proyectos!... yo no tengo ninguno, pero adoptaré los vuestros, hermano.... ¡Oh! ¡qué jóven y hermoso estais, Fergus!... Mary os amaba mucho....

— No me atrevia á hablaros de Mary, murmuró O-Breane.

— ¡Echad vino! exclamó Angus: ¿dónde está el vino de Francia?....

Tomad vuestro vaso, amigo, y bebed.

En esto se habia levantado y puéstole á Fergus una botella destapada en la mano, quien bebió un sorbo, y Angus apurando de un trago un vaso, añadió:

—Pronto iré yo tambien á Bahía-Botánica.

—¿Por qué? le preguntó Fergus.

—Porque mataré al conde de White-Manor.... Ahora no sé dónde se oculta.... no puedo dar con él.... pero ya parecerá, Fergus. Hice mal en decirte que no tenia proyectos, porque tengo uno.

O-Breane guardó silencio y Angus volvió á decir:

—¡Echad vino! que hoy estamos aquí para alegrarnos, ¡por la memoria de mi padre! ¡Ay, Fergus, mi padre vivia cuando estábamos en Lóndres, y mi hermana era feliz!...

—Os suplico que me digais todo lo relativo á Mary.... Preveo una gran desgracia....

—Preved cien desgracias, O-Breane!... Los bienes todos de familia nos los han arrebatado con un pleito inicuo.... mi pa-

dre ha muerto.... mi hermana.... ¡Cuánto es capaz de llorar una muger antes de morir!

— ¿No es Mary condesa de White-Manor?

— ¡Yo lo mataré! dijo Angus con arrebatado de cólera, como si este nombre hubiese exaltado en él de repente todas las fibras de la venganza y el odio: Sí.... Mary es condesa de White-Manor.... al menos lo era....

— ¿Ha muerto acaso? preguntó Fergus.

— Tiene una hija, hermano, y no puede morir.

— Pero por Dios, ¿qué es lo que hay entonces?

— ¡Bebed, Fergus! dijo Mac-Farlane con una risa convulsiva y amarga: yo lo mataré.... Mac-Nab obró con buena intencion, así lo pienso.... creyó hacer la felicidad de la pobre Mary.... Sí, sí, Mary se ha llamado condesa de White-Manor porque Mac-Nab queria que fuese rica y feliz.... Bebed, O-Breane, es preciso que celebremos vuestra vuelta.... Yo no sé si es rica, pero sé muy bien que es desgra-

ciada.... ¡Pobre Mary! hace ocho meses que recibí una carta suya.... la leereis, O-Breane.... yo no puedo. Mary es lo que mas he amado en este mundo, y por eso deseaba que fuera esposa vuestra.... ¡Ah, qué dia tan feliz hubiera sido para mí el de vuestro casamiento!

En seguida se levantó, y abrió un armario, sacó una cartera, y de entre los papeles que tenia tomó uno arrugado y sucio de tanto manosearlo, y desdoblándolo con mano trémula, preguntó de repente:

— ¿La amais todavía, hermano?

— La amaré siempre, respondió Fergus.

Y en verdad que ni mentia, ni se engañaba. En los cuatro años que acababa de pasar el amor, que debia tener desde entonces gran parte en su existencia, habia estado en él dormitando, y cuando mas, habia tenido rara vez y de paso, una de esas intriguillas pasajeras, una novela de algunas horas, que el olvido borra, y que no deja la menor huella en el alma. No conservaba pues mas recuerdo que el de Mary, aunque mas tarde debiera tener muchos, porque su corazon, entregado sin reserva,

y recobrado sin remordimientos, se iba á deslizar suavemente por la florida pendiente de la inconstancia, dejando tras de sí lágrimas y pesares, pero mirando siempre hácia adelante y no viendo mas que sonrisas. Sus sentidos iban á abusar de los deleites como en compensacion de los muchos trabajos y grandes fatigas de su espíritu: iba á amar en todas partes, á amar mucho aunque de prisa, á sojuzgar sin esfuerzo las resistencias mas fuertes, á ser bastante feliz (en el sentido vulgar de esta palabra) para formar una larga lista con los nombres de sus queridas, y á llevar tan lejos los escesos sensuales del corazon, que cualquiera otro hubiera quedado gastado, estenuado, muerto. Pero el suyo, en medio de este desórden, despues de tantos locos ardores prodigados, de amores concedidos con largueza á toda muger digna ó indigna, debia quedar nuevo y fuerte, lleno de impulsos vigorosos, sin perder en una vida de tantas aventuras la esquisita delicadeza de su facultad de sentir.

Para los hombres de su temple, lo pasado, cuando lo recuerdan en sus horas de

ocio y soledad, tiene delcites incomparables, y goces que lo presente no puede igualar: su memoria es el paraíso de los musulmanes, donde entre una atmósfera nebulosa ven pasar una tras otra sonriéndose las mugeres que han amado en otro tiempo. ¡Qué hermosas son! ¡Cuán dulces y encantadoras las palabras que murmuran al oído! ¡qué dignidad en su porte! ¡qué abandono tan natural en sus maneras! la una se sonríe, la otra baja los ojos, ¡ah! todo es bello, todo es encanto y delicias, todo, hasta aquella lágrima que se desprende de los párpados de la virgen vendida.... Fergus no se equivocaba en pensar, que entre sus muchos recuerdos, el de Mary debía ser siempre el primero, el mas querido, el mas puro.... acaso el único puro.

Mac-Farlane se volvió á sentar junto á la chimenea, y dijo:

—¡Mucho os amaba ella! ¿pero para qué hablar de esto?... Aquí teneis su carta.... su última carta.... Despues he ido á Londres á buscarla, y no la he podido encontrar.

Fergus tomó la carta y vió que en muchas partes estaban medio borradas las letras por las lágrimas. ¿Serian éstas de Angus, ó de la condesa de White-Manor? He aquí su contenido.

«Mi querido hermano : Cuando me avisaste últimamente que hacias ánimo de venir á Lóndres para consolarme y protegerme, mi corazon se llenó de gratitud y ternura. ¡Oh! tú me amas, Angus, y eres el único que me ama en el mundo. Creo que encontraria placer en verte con frecuencia, en vivir contigo, y en estar entre las paredes queridas de la casa de nuestro padre, pero me es imposible disfrutar de esta dicha, hermano.

«La tarde misma en que recibí tu carta, dejé la casa en que vivia hace tres meses, y lo he hecho para evitar el verte, porque me hacen falta fuerzas, y si te viera me llenaria de debilidad. Bien sabes, hermano mio, lo que te amo, perdóname si huyo de ti: temo mucho una amenaza que me han hecho atroz y terrible.... ¡Mi pobre hija, Mac-Farlane, mi hija querida, si supieras!...»

— ¿Dónde estais de la carta? le preguntó Angus en este momento. ¿Os acordais qué alegre estaba en otro tiempo? Se me figura estarla viendo ahora mismo reir.... ¡Y esto me hace mucho daño!

En seguida dejó caer los bazos, y se quedó con la vista fija, y la cabeza inclinada.

Fergus, siguió leyendo.

«¡Si lo supieras, hermano mio!... Tú eres arrojado y generoso, me querrias defender, atacar á los hombres que me hacen infeliz..... te conozco bien, Angus, lo querrias hacer, y seria una gran calamidad. Quiero mejor sufrir, me alegro de sufrir, y la sola idea de que se intentaria poner fin á mi suplicio me llena de amargura.... No te enojés conmigo, hermano mio; si me alejo de ti, es por causa de mi hija.

«¡La venganza del conde ha sido muy cruel!... Ya sabes que despues de la vergonzosa escena de Smith-Fields, me quitó á mi hija.... pero no lo sabes todo, Angus, ¡ay! es una desgracia que no se concibe. Mi hija, mi pobre niña querida, está

en poder de un malvado sin corazon y sin entrañas, que la cria separada del mundo; de un infame, buscado quizás de propósito para que siembre en su alma angelical las semillas de la corrupcion y la deshonra...”

— ¡Pobre Mary! dijo Fergus.

— ¿Dónde estais, O-Breane? preguntó Angus.

— Es menester ir allá á toda costa, hermano; repuso aquel.

— ¡Ya sé dónde estais! murmuró Mac-Farlane bajando la cabeza; seguid leyendo.

« Mi hija está encerrada, y su carcelero es un mónstruo de cinismo y de avaricia, que se burla despiadadamente de mis lágrimas, y me exige una pension periódica para no pegarle á ella.... Yo permanezco en Lóndres, siempre al cuidado del hombre benéfico y compasivo que se apiadó de mí cuando estaba con la sogá al cuello en la plaza de Smith-Fields.... Mi hermano, que me conoce, no formará sobre esto ningun juicio siniestro. Permanezco en Lóndres porque estoy mas cerca de mi hija, y me parece que así velo por ella....

Pero ¡ah! no la veo, y este hombre toma mi dinero, y me niega sin piedad la gracia de poder abrazar á mi hija, aunque fuera mientras duerme. El no hace mas que obedecer á milord, mi marido.

«Yo me oculto porque no conviene que nadie que se interese por mí vea mi profunda afliccion, porque nadie, y tú menos que todos, mi noble Angus, podria verme sin procurar socorrerme y vengarme.... ¡Ah, vengarme! sabe, Angus, que este hombre me ha dicho.... y lo haria, ¡Dios mio!... que á la menor tentativa mataria á mi hija....”

Esta última frase casi no estaba legible, porque se conocia que la mano de la condesa temblaba violentamente al escribirla.

—¡Pero estos son temores locos! exclamó de repente Fergus. Quien quiera que sea este hombre, y por grande que sea su perversidad, ¿por qué habia de matar á una niña?... Además, se puede obrar con prudencia.... prevenirle....

—Todo eso se lo he escrito yo, dijo Angus, y hace seis meses que debió Mary recibir mi carta.... pero no me ha contes-

tado, pues sin duda sus temores habian sido mas fuertes que su razon.

Faltaban todavia unas cuantas líneas, y Fergus continuó leyendo:

«Y además tengo una esperanza muy lisonjera, Mac-Farlane.... Este hombre ha colocado al lado de mi hija á un mudo, y á una infeliz muger, que no es mala.... Puede que algun dia consiga yo ganarla, y entonces me permitirá entrar en el cuarto de Suky, abrazarla, estrecharla entre mis brazos.... ¡Oh, que felicidad, hermano mio! Ella se sonreirá creyendo que tiene un sueño agradable.... ¿No es verdad que basta esta esperanza para disculpar mi fuga? ¿No es verdad que seré entonces la mas feliz de las madres?»

Fergus dobló la carta: veíase en su noble fisonomía una espresion de tierna piedad, y de profunda indignacion al mismo tiempo, y levantó los ojos para mirar á Angus que conservaba la misma postura, y que, siguiendo maquinalmente la lectura de aquellas líneas tan conocidas, derramaba gruesas lágrimas, que corrian por sus mejillas.

— Es preciso salvarla, dijo Fergus.

Angus meneó la cabeza, se le secaron las lágrimas, se le arrugó la frente, y respondió:

— ¡Es preciso vengarla!

Y en seguida añadió levantando la voz:

— Ese hombre que la martiriza, y que quiere matar á su hija, sé yo cómo se llama, aunque ella no me lo quiere decir... es White-Manor.... White-Manor por sí, ó por medio de algun confidente suyo... ¡Bebed, O-Breane! ¡bebed, hermano! que todavía no lo sabeis todo....

— En efecto, dijo Fergus; en la carta de nuestra desventurada hermana hay algunas cosas, que no sé qué significan.... por ejemplo, habla de la vergonzosa escena de Smith-Fields....

Angus estaba mas pálido que un difunto, y murmuró queriendo sonreirse:

— Ya veis que me tiembla el pulso al echar vino. Bebamos, hermano, que tengo sed.... ¡Ah! ¡ah! ¿quereis saber lo que pasó en Smith-Fields?... ¡Pues escuchad, por el nombre de mi padre! ¡pero ved aquí antes el puñal, que mas tarde, ó mas tem-

prano, ha de asesinar á Godofredo de Lancaster!

Y clavó con violencia en la gruesa tabla de la mesa su direk escocés, cuya hoja estuvo largo rato vibrando, y dando un fuerte suspiro, añadió:

—Escuchad! Hace tres años.... dos y medio, que los periódicos refirieron una atrevida evasión de los deportados de Bahía-Botánica.... Vuestro nombre estaba entre los de los fugados.... Mi hermana se hizo embarazada. Dos meses despues volvieron á anunciar los periódicos, que los fugados de Bahía-Botánica estaban en Lóndres hacia mucho tiempo, y por segunda vez os nombraban á vos. Corrió entonces cierto rumor, que algunos atribuyeron á Brian de Lancaster, el hermano menor del conde, que es jóven aun, y le hace á su hermano mayor una guerra sin misericordia, pero se engañaban, porque conozco bien al honorable Brian, y es noble y generoso.... Mas lo cierto es que se hablaba de vuestros esponsales con mi hermana, de vuestros amores, y decian.... Fergus, hermano mio, decidme por vuestro honor,

¿cuánto tiempo hace que estais en Inglaterra de vuelta?

—Doce horas, respondió Fergus.

—No creais por esta pregunta, hermano mio, prosiguió Angus con altivez, que yo abrigue ninguna indigna sospecha.... Mary Mac-Farlane puede ser desgraciada, pero no culpable.... Se decia, pues, que vos la habiais vuelto á ver. Entretanto seguia su embarazo, y el miserable White-Manor acogia todas estas calumnias.... Se arrepentia sin duda el opulento par de haber dado su nombre á una pobre muchacha.... Sucedió al fin que Mary dió á luz una niña, y el conde mandó que le llevaran la cuna con ella á su cuarto, y la estuvo considerando largo rato en silencio: en seguida lo vieron recorrer con pasos muy apresurados toda la habitacion, murmurando palabras amenazadoras, porque se le figuró que la criatura se parecia á vos, O-Breane.

—¡A mí! exclamó Fergus.

—¡A vos!.. ¡Mary os habia amado tanto!.. Sea lo que fuere de esta semejanza real, ó imaginaria, ello es que las sospechas

del conde adquirieron terrible fuerza... Esto pasaba en White-Manor, en el Northumberland, muy cerca de aquí... Pero ya hacia mucho tiempo que Godofredo se habia separado de Mac-Nab y de mí, y no teníamos permiso para visitar á nuestra hermana... ¡Ah Fergus! ¡el corazon de Mac-Nab es escelente, por mas que tenga contra vos prevenciones infundadas! Se ha arrepentido muchas veces de la parte que tuvo en este casamiento... Pero ¿qué estoy diciendo? cuando hablo de este asunto mi pobre cabeza se confunde y se oscurece mi razon.

—Hablabais de la semejanza... dijo Fergus.

—Sí, sí, le interrumpió Mac-Farlane, ya me acuerdo... ¡La semejanza! Mac-Nab y yo no teníamos la menor idea de lo que sucedia en White-Manor... Godofredo no puso los pies en el cuarto de su muger mientras esta estuvo en cinta, ni volvió á ver á la niña, y prohibió espresamente que se la enseñaran á su madre. A los quince dias salió Mary á misa; ¡pobre hermana mia! mil veces habia pedido con las lágri-

mas en los ojos que le llevaran su hija; y como no lo hacian, la creia sin duda muerta.... Mas valiera que lo estuviese efectivamente, O-Breane! Aquel mismo dia fue al cuarto de su muger Godofredo de Lances-ter, acompañado de su ángel malo, un bribon infame llamado Gilberto Paterson, que llevaba en los brazos una cuna: la alegría de Mary fue tanta que estuvo á punto de desmayarse, y se reia y lloraba á un tiempo besándole las manos á su marido, y se abalanzó á la cuna queriendo levantar un velo con que estaba tapada, para acariciar á aquella delicada criatura, que iba á ser en adelante su pasion, su amor y su vida; pero Godofredo la asió brutalmente por un brazo, y la obligó á detenerse. Gilberto Paterson puso la cuna encima de una mesa en medio del cuarto, y White-Manor, seperando el velo que la cubria, le dijo:

—Señora, esta niña que es la vuestra, no es hija mia.

Mary lo miró pasmada, y él prosiguió con un arrebató de insensato furor.

—Esta criatura es fruto de un crimen:

miradla, señora, miradla, y atreveos á decir que no se le parece.

— ¿A quién? preguntó atónita nuestra pobre hermana.

— A mi asesino, señora, al hombre que amabais, á Fergus O-Breane.

— ¡A Fergus! repitió Mary brillando en su rostro la alegría.

Esta fue su condenacion: Godofredo observó aquel involuntario movimiento que interpretó como una confesion, se puso lívido de rabia, y en medio de su loca furia alzó la mano como para matar á la niña. Mary entonces, hincándose de rodillas espantada, le gritó:

— ¡Milord! ¡oh! ¡milord! ¡no mateis á vuestra hija!

Godofredo se detuvo, y sonriendo convulsivamente le dijo con sarcasmo:

— ¡Mi hija!... creo que me hubiera vuelto bueno si Dios me hubiera dado una hija...

Esto dijo el infame hipócrita, Fergus; y aunque mi hermana, que hasta entonces no habia comprendido de qué se le acusaba, quiso hacer patente su inocencia; Godofre-

do le cerró la boca con mil injurias grose-
ras, y le dijo por último:

— ¡Mirad bien á esa criatura que decis
que es mia, milady; miradla bien y todo lo
que puedan vuestros ojos, porque la veis
por la última vez!

Mary juntó sus manos en actitud supli-
cante, aterrada con estas palabras. La niña
era encantadora y se sonreía dulcemente:
mi hermana no habia visto jamás rostro mas
hermoso ni mas angelical... ¡Ah Fergus!
¡que bello le debe parecer á una madre jó-
ven el hijo que ve por primera vez, y del
que la van á separar para siempre! Ella
lloró, suplicó, se arrastró á los pies de
White-Manor, y él no se conmovió nada,
sino que parecia por el contrario gozarse
en prolongar tan cruel escena, hasta que
cuando al fin se hartó de oír sollozos, le
hizo una seña á Gilberto, quien se llevó la
niña. Mary estaba sin movimiento en el sue-
la: White-Manor la hizo levantar, y la
llevó á empujones de puerta en puerta has-
ta la escalinata de su palacio, donde se en-
contraba Gilberto con una cuerda de cáña-
mo en la mano, y reunidos al pie de ella

todos los criados y colonos de White-Ma-
nor. En la puerta principal del patio habia
un coche con los caballos enganchados.
Godofredo tomó la cuerda que le dió Pa-
terson, y...

Angus interrumpió aquí de repente su
relacion, y se puso en pie, diciendo:

—¡Oh! ¡lo mataré! ¡lo mataré, Fergus!
¡por la santa memoria de mi madre!


Esto lo dijo temblando, sin poder casi
respirar, y saliendo con pena sus palabras
por entre sus dientes apretados. Fergus,
que tambien temblaba chorreándole el su-
dor por la frente, le dijo:

—¿Y qué hizo?

—¡Ah! exclamó Angus ahogando un
gemido, esos ingleses son muy viles y no
tienen compasion, hermano mio.... Mary
estaba pálida y sin fuerzas, él le puso la
mano en el hombro, y la hizo arrodillar,
le echó al cuello la cuerda de cáñamo, y
dijo en voz alta: ¿Quién de vosotros
quiere comprar esta muger?

XVII.

Una muger vendida por su marido.

 NGUS dijo estas últimas palabras con una espresion de intenso dolor y cólera al mismo tiempo: O-Breane se habia levantado, espresando su noble rostro, aunque de diverso modo, los mismos sentimientos, y dijo:

— Yo no lo aborrecia ya: el encono que abrigaba en mi pecho contra él, se habia refundido en un odio demasiado grande y profundo para no absorver cualquier otro

resentimiento.... Pero veo ahora, **Angus**, que por vos y por la desgraciada **Mary** soy todavía vulnerable..... ¿Dónde está ese hombre?

Angus agarró la mano de **Fergus**, y la estrechó entre las suyas, diciendo:

—Gracias, hermano mio.

En seguida añadió con amargo y desesperado acento:

—¿Me preguntais dónde está?... ¿Habéis olvidado acaso, en los cuatro años que faltais de Inglaterra, las costumbres de nuestros lores?... Cuando del lado acá del estrecho han llenado de amargura y dolor la vida de alguna infeliz indefensa, se embarcan, y van á triunfar en pais extranjero. Pues que ¿no es tambien monótona la crueldad?... Sus señorías se fastidian, y les acomete el esplin.... y se van á Francia, que se rie y mofa de ellos al verlos pasar para Italia, que recoge sus guineas á cambio de piedras viejas y trapos llenos de polvo.... ¿Qué sé yo dónde está? **White-Manor** estará en Nápoles, en París, ó en Viena.... Seria inútil buscarlo... ¡yo lo espero! **Mary** os habrá amado, tal

vez se acordaria de vos, y este era un crimen imperdonable: Godofredo de Lancaster, desenterrando para castigarlo una costumbre bárbara é infame, cuya ignominiosa idea solo la Inglaterra con su brutalidad nacional pudo concebirla entre todos los pueblos del mundo, sacaba á pública subasta á su muger la condesa de White-Manor, como si fuese una res, una cabeza de ganado!!!... Esperaria sin duda que se hablara mucho de ello en el club de Crockfords.... Era un chiste gracioso, una escentricidad que asesinaba á una muger. ¿Podrá darse ninguna mejor?... Cuando preguntó, ¿quién de vosotros quiere comprar esta muger? todos sus criados y colonos guardaron silencio, porque todos ellos adoraban á Mary. White-Manor repitió su pregunta enojado, añadiendo:

—Es muy hermosa, y la doy por tres chelines.

Nadie le contestó tampoco, y entonces esclamó dando una patada en el suelo con furia:

—Dejadme pasar, que la voy á llevar á otro mercado.

Mary seguia de rodillas, con los ojos bajos, y las manos cruzadas, y él, tirándole de la cuerda, la levantó; los criados y colonos se colocaron en dos filas, tristes y silenciosos, y Godofredo, llevándola del diestro, atravesó por en medio de todos, y subió con ella al coche. Dos dias despues se daba un suntuoso almuerzo en Portland-Place en casa de los condes de White-Manor, con una numerosa concurrencia, y á eso de las dos de la tarde Godofredo, borracho ya, hizo traer á su muger que se presentó vestida de blanco, y con la cuerda al cuello. ¡Y entre tantos nobles como habia sentados á la mesa, no hubo un hombre que le estrellara un vaso en la frente al infame Godofredo de Lancaster! ¡ni uno siquiera Fergus! ¡Y dejaron que un miserable, ébrio de sangre y de rabia, pusiera cobardemente las manos sobre una muger jóven, linda y virtuosa!

Godofredo agarró la cuerda, salió de casa, y atravesó las calles de Lóndres desde Portland-Place hasta el mercado de carneros de Smith-Fields; ¡cuatro millas de Escocia! como habia atravesado por entre sus

criados consternados en el patio de **White-Manor**, llevando del diestro á su muger, á su desgraciada é inocente muger que iba llorando, y medio muerta.... ¡La gente se agolpaba á su paso, y era un espectáculo curioso, pero entre los cincuenta mil ingleses que lo presenciaron, no hubo uno que clamara infamia, y apedrease al vil con las piedras de la calle! ¡Así son todos en **Lóndres**, nobles y plebeyos!

—Nobles y plebeyos, sí, le interrumpió **Fergus** con vehemente indignacion, que **Angus** atribuyó solo al efecto producido por su relato; ¡**Lóndres** y la **Inglaterra** toda!

—Cuando llegaron á **Smith-Fields**, prosiguió diciendo **Mac-Farlane**, habia mucha concurrencia en las barreras: era viernes, dia de mercado de vacas y carneros, y **Godofredo** metió á **Mary** en uno de los corrales de ganado que estaba vacío, y gritó por tres veces:

—¡Esta muger se vende.... se vende por tres chelines!

Los traficantes de ganado se compadecian todos, porque **Mary**, nuestra herma-

na, era hermosa, y corrían de sus ojos arroyos de lágrimas. Al fin sonó entre la multitud una voz grave y sonora, que hizo latir con violencia el corazón de Mary, diciendo:

—Dejadme pasar, que voy á comprar por tres chelines á milady la condesa de White-Manor.

Oyóse entonces un gran murmullo en todo el mercado, porque nadie había sabido antes los ilustres nombres de los personajes de tan infame escena. Godofredo se puso encendido como la grana, pues parecía que el metal de aquella voz le había abofeteado la cara, y procuraba descubrir con la vista, lleno de cólera y temor, al que había hablado. Este no tardó en presentarse abriéndose paso por entre la gente: iba vestido toscamente como los tratantes de ganado, y Godofredo al verlo perdió su serenidad, é hizo un movimiento para quitarse de en medio. Nunca me ha dicho Mary el nombre de este sugeto, pero cuando fui á Lóndres lo supe por la voz pública, era Brian de Lancaster; el hermano jóven del conde. Así al menos lo creí, y lo creo

todavía, aunque el honorable Brian no haya contestado nunca á las gracias que le he dado, sino con negativas terminantes y frias. De todos modos, el supuesto tratante de ganado, fuese ó no Brian de Lancaster, entró en el corral donde estaba Godofredo, le arrancó de la mano la cuerda con que tenia á Mary, que agotadas ya sus fuerzas acababa de perder el sentido, la levantó del suelo con una mano, y sacó con la otra del bolsillo un puñado de monedas de cobre, que le tiró á la cara á Godofredo, diciéndole:

— Ahí teneis vuestra paga, milord.

Un inmenso aplauso sonó por toda la plaza de Smith-Fields, y Godofredo se quedó estático, llena de señales amoratadas la cara y la frente con los golpes de las monedas, porque el tratante era un hombre, Fergus, y su mano habia sacudido con la misma fuerza que lo pudieran haber hecho las nuestras....

Fergus, dominado por el interés que le causaba esta relacion, desabogó su pecho, respirando largamente, y dijo:

— Dios lo bendiga, Mac-Farlane, sea

quien fuere.... y si es en efecto el hermano segundo de Lancaster, juro que algun dia le he de pagar nuestra deuda.... ¿Pero qué fue de Mary despues de eso?

—Despues de eso, contestó Angus, la gente abrió paso al hombre y su compra, y se volvió á unir en seguida, dejando en medio á White-Manor, cuyo semblante se agitaba con convulsiones de impotente rabia. Oyéronse por todas partes silbidos, la gente se empezó á conmover contra él, y cuando los agentes de policia acudieron al lugar de la escena, fue para llevarse al noble lord cubierto de lodo y de ultrages, con un ataque furioso del mal que padece...

—Pero ¿y Mary? ¿y Mary? le interrumpió Fergus.

—A Mary la subió á un coche el supuesto tratante de ganado... todos los pormenores de esta historia los he sabido despues por sus cartas.... Muchas veces le he mandado dinero, pero ignoro hace ocho meses dónde se ha metido, y segun su última carta se ve precisada á pagar al infame, á quien han hecha carcelero de su hija.... ¿Quién provee á sus necesidades?... En

varias ocasiones me ha hablado de una mano generosa y amiga.... Pero Brian de Lancaster no es rico....

—Mas si su cuñado Brian, le interrumpió Fergus, sabe sus secretos y la protege, ¿por qué no le ayuda tambien en lo relativo á su hija?

—Porque ignora, lo mismo que nosotros, esa parte de su historia, contestó Angus. Si es Brian, é indudablemente es él, aunque no me lo haya querido confesar, si es Brian, repito, conoce ella muy bien su carácter fogoso y arrojado, y teme mucho la amenaza del carcelero de su hija.... ¡Pobre hermana! ¡no os parece que la estais viendo desde aquí!.... Cada vez que le ocurre la idea de lucha ó de libertad, la desecha espantada, y le viene á la imaginacion aquella frase que tanto trabajo le costó escribir á su trémula mano: *¡la mataria!*

A esto sucedió un largo silencio: Fergus estaba meditabundo, y Mac-Farlane, con los codos apoyados sobre la mesa, y la cara á dos pulgadas de su direk clavado en ella, seguia el curso de un funesto delirio,

hasta que habló al fin el primero diciendo con una risa forzada:

— ¡Vamos, vamos, bebed hermano Fergus! Aquí estamos para celebrar vuestra venida.... Otros hay mas desgraciados que nosotros.... Yo tengo una muger que me ama, dos angelitos que se sonrien cuando me ven.... ¡Ah, si la pobre Mary estuviera aquí!... Pero vaya al diablo la tristeza, O-Breane.... Bebo á vuestra salud.

Fergus, en vez de corresponder al brindis, le agarró la mano, lo miró fijamente, y le dijo:

— Cuatro años hace que trabajo solo, cuatro años que dedico todos los instantes de mi vida á un solo pensamiento, sin haber tenido nunca un amigo á quien confiar mis dudas, ni las esperanzas que me animan.... En estos cuatro años he contado con vos, Mac-Farlane, que sois el único que tiene lugar en mi corazon.... Para cobrar ánimo he pensado muchas veces que llegaria dia en que no me hallase solo con mis penosas meditaciones, en que pudiera comunicar mi pensamiento, y que este encontraria eco en el ánimo de mi hermano...

Dia vendrá en que seremos dos á soportar la carga que pesa sobre mí solo.... en que tendré un confidente, otro yo....

Detúvose aquí un momento, y continuó tristemente:

— ¡Cuatro años he abrigado esta esperanza!

Habeis hecho bien, O-Breane, porque á todo estoy pronto por vos, exclamó Angus.

— ¡He hecho mal! dijo Fergus en voz baja; porque en lugar del hombre con quien contaba, encuentro un corazón marchito, abatido y sin valor....

Mac-Farlane dió un paso atrás, lo miró sorprendido, y murmuró:

— ¡Si habré oído bien! ¡En los momentos en que os refiero los desastres de mi casa, es cuando me echais en cara mi aflicción!... ¡Ah, Fergus, Fergus!... me dejasteis fuerte y robusto, y me encontráis arrugada la frente, apagada la vista y blanco el pelo antes de tiempo.... ¡Es que he padecido y sufrido mucho, mi hermano O-Breane!... Pero ¡oh! ¡seria para mí el colmo de la amargura, que vos, á quien

tanto he amado, me creyerais abatido por los infortunios hasta el punto de ser indigno de comprenderos y serviros!

Mac-Farlane dijo esto último en voz baja, y con acento de dolorosa reconvenccion que conmovió en extremo á Fergus, mas sin manifestarlo en nada replicó con frialdad:

—El cabello puede encanecer antes de tiempo, arrugarse la frente, apagarse los ojos, pero el corazon de un hombre, por cruel que sea la prueba, no se debe abatir, ni ceder á la desgracia.

—¿Y quién os ha dicho que se ha abatido mi corazon, Fergus O-Breane? esclamó el escocés poniéndose de repente derecho.

Fergus arrancó el puñal que estaba clavado en la mesa, lo dejó tendido sobre ella con desprecio, y repuso:

—Si otro que vos, Mac-Farlane, me hubiese hecho esa pregunta, le hubiera obligado con la rodilla sobre el pecho á desdecirse.... Pero ¿qué he de pensar de un hombre, que saca su puñal y proclama que no tiene en su vida otro objeto que

matar? ¿de un hombre que consiente entregar su sangre á la justicia, en cambio de la sangre de un infame sin alma ni corazón?... Por el nombre de Dios, mi hermano Angus, vuestro brazo aun es fuerte, pero el corazón....

— ¡O-Breane! ¡O-Breane! le interrumpió el escocés con voz trémula ya de cólera; ¡no digais una sola palabra mas! ¡por abatido que esté mi corazón, todavía no puede oír con paciencia palabras que ultrajen!...

— Bien, hermano Angus, bien, exclamó Fergus volviéndole á agarrar la mano que aquel habia retirado antes bruscamente, y llevándolo delante de un espejo, añadió: mirad: ¿hay ahora acaso arrugas en vuestra frente? ¿no han recobrado vuestros ojos su antigua energía? Miradlo, hermano mio...

Este se sonrió involuntariamente, y Fergus continuó:

— Las arrugas han desaparecido, los ojos se han animado... pero ¿y el corazón?

— ¡Es preciso que yo mate á ese hombre, O-Breane, dijo Angus; es preciso!

Fergus soltó al momento la mano del escocés, se dirigió hácia la chimenea, en donde habia dejado su capa, y le dijo:

—Quedaos con Dios, hermano; tengo el tiempo muy tasado, y no puedo detenerme aquí mas.

Angus se quedó un momento como sorprendido, y en seguida, poniéndose entre Fergus y la puerta con los brazos abiertos, le dijo sollozando como un niño:

— ¡O-Breane! ¡hermano mio, tened compasion de mí! ¡Es preciso que yo venga á mi hermana... á vuestra hermana Mary, á quien vos amais como yo!... No me abandoneis así... ¡Oh Fergus! seria para mí una hora de maldicion la en que salieseis irritado de casa de Mac-Farlane... ¡Quedaos, quedaos, por Dios!

—Es que yo no estoy irritado, hermano, respondió Fergus con calma, el dolor no es cólera.

— ¿Pero no me podeis dejar el derecho de vengar ese ultrage, cuya sola relacion os acaba de hacer estremecer?... ¡Esceptuando ese solo deber, soy vuestro, Fergus, todo vuestro!

— Hermano, repuso O-Breane con suma gravedad; conmigo está de mas toda reserva, por legitima que sea... ¡No os he dicho que estoy esperando, hace cuatro años, este momento en que os hablo?... Y hace, no obstante, cuatro años que estoy rodeado de hombres resueltos hasta la temeridad, y consagrados á mí hasta la abnegacion... A cada uno de ellos no le he confiado de mi secreto sino la parte precisa para egecutar mis órdenes, y para todos es un misterio el conjunto de mi plan, porque os esperaba á vos, y os habia elegido entre todos para reservaros la mitad de los trabajos y de los peligros... Ahora me voy á buscar en otra parte, pues el que divida conmigo mi empresa, es preciso que tenga libre el corazon, y tranquila la cabeza, porque tiene que hacer lo que yo, entregarse todo entero á la lucha empeñada, alejar de si con desprecio sus odios privados, y arrojar el puñal de las venganzas vulgares... Yo tambien me vengo, Mac-Farlane, yo tambien quiero vengarme.

Angus se estremeció al oir estas palabras que lisonjaban su pasion, y escuchó mas

atentamente. Fergus prosiguió con aquella voz fuerte y enérgica que doblegaba á la suya todas las voluntades:

— ¡Yo vengo á mi hermana deshonrada, vengo á mi padre asesinado!... vengo á mi madre... á mi virtuosa madre, que al cerrar sus ojos, me dejó solo en el mundo para llorar todo lo que habia amado y respetado... Mary aumenta el número de las víctimas, cuyos gritos desgarran sin cesar mi corazón, y no la dejan un momento de reposo... Mary será vengada, como mi hermana, como mi padre, como mi madre, porque el verdugo de estos fue el suyo...

— ¡Godofredo de Lancaster! exclamó Angus admirado.

Fergus se sonrió con desden, y dijo:

— Godofredo de Lancaster es un hombre solo; ¿á qué habia yo de arrancar el puñal de vuestra mano, si se tratara de Godofredo de Lancaster?

— ¿Pues de quién se trata? preguntó Angus en el colmo de la admiración.

— Escuchadme, hermano, repuso O-Breane, la respuesta á esa pregunta es cabalmente mi secreto, y este secreto es de

tal clase, que solo se puede confiar á un cómplice.

— ¡Cómplice! dijo Angus; ¿pues qué es un crimen?

— Mi secreto, prosiguió Fergus, lleva consigo demasiados peligros para agregarle sin motivo los de una venganza escocesa. El hombre á quien yo lo confie, no ha de tener como vos un puñal destinado para el pecho de un par de Inglaterra; ha de vivir en paz con las leyes; y será, si es posible, órgano de la ley, que en ciertas ocasiones es tambien un arma, un arma y un disfráz.

— No os entiendo, murmuró Angus violentamente conmovido al parecer.

— Y como era en vos, en vos solo, hermano, continuó Fergus, en quien yo creia encontrar este hombre, encerraré mi secreto dentro del pecho, aunque sea á riesgo de que se rompa por demasiado estrecho para contenerlo; y aunque su peso me abruma, continuaré solo mi comenzada tarea, con el sentimiunto de haber abrigado largo tiempo una esperanza vana, y haber contado con una ayuda que se me debia negar... **A Dios, hermano.**

Mac-Farlane asió á Fergus por el vestido y le dijo:

—¡Una palabra! ¡una sola palabra!...
¿Mary será vengada?

—Vengada, contestó Fergus, y acaso salvada.

—Os creo, O-Breane; dijo lentamente el escocés tomando el puñal y tirándolo lejos de sí: aquí teneis al cómplice que buscáis... ¿Se trata de un crimen?... con vos me complazco en ser criminal.



XXVIII.

El secreto de Fergus O-Breane.

FERGUS tendió su mano á Mac-Farlane, y retrocediendo del umbral de la puerta, que estuvo á punto de pasar, le dijo:

—Gracias, hermano, os las doy con todo mi corazon. Ahora lo vais á saber todo.... mi historia, mis trabajos.... *mi crimen*.... que es la muerte de un imperio y la salvacion de medio mundo.... Cuando haya concluido de hablar, me conoceréis como yo me conozco á mí mismo.

Sentáronse ambos cerca del fuego de la chimenea, medio apagado, y Fergus le contó la desgracia de su familia arruinada por las escesivas exacciones de los ingleses, la venida de su padre á Lóndres, el robo de su hermana Isabel y la escena fúnebre de la pobre casa de san Gil, en donde se halló solo con dos cadáveres. Mac-Farlane lo queria mucho, y le afectó vivamente su relacion, á que prestaba sumo interés la apasionada elocuencia de Fergus, además de la semejanza que hallaba en ella con su propia historia mas sombría aun, y mas lúgubre. Así que despues de referir este último las palabras de su padre antes de morir, se detuvo un poco para recobrase y tomar aliento: Angus se dió de pronto una palmada en la frente, como si hubiera percibido un rayo de luz, y le dijo:

— ¡Quereis matar al rey!

— El rey no es mas que un hombre, replicó Fergus, y Cristian O-Breane me dijo: ¡Guerra á la Inglaterra!

— ¡La Inglaterra! repitió el escocés; moriré gustoso con vos, Fergus.

— Es que yo no quiero morir, exclamó

este, brillando casi su frente entre la poca luz de la pieza en que estaban; ¡yo quiero vencer! ¿pensais acaso que si se tratara de elegir una víctima, os vendria á buscar á vos, Angus?... No compareis tan ligeramente mi debilidad con la fuerza de mi adversario. Cinco años ha que murió Christian O-Breane, y en este tiempo he reunido armas y medios, y ya no soy el niño que encontrasteis una tarde junto á la capilla de Belson.... Tengo cuatro navíos en el mar, y á la otra parte del Océano agentes activos é infatigables, que están minando por sus bases los sostenes del poder inglés.... Poco es eso, me direis.... Pero tened calma, Mac-Farlane, que me queda el porvenir.... y si quereis comparar, comparad enhorabuena lo que he sacado de la nada, con lo que podré sacar de los recursos que ya tengo.... seguid con el pensamiento los términos de esta progresion colossal, cuya razon es mi inalterable voluntad. Mirad, Angus; en el primer grado de la escala, muy abajo, hallais un niño débil y pobre.... andad algo mas, y el niño se ha hecho hombre, y fuerte... Otro paso, y el

hombre ha sujetado á su voluntad un sin número de voluntades, tiene en su poder millones, y en su cabeza un conocimiento completo de lo que aborrece: y puede herir á golpe seguro... El hombre aquí está: mañana por un trabajo oculto brillará su pensamiento, y hallará entrada en la política europea; el hombre además se trasformará, y para acercarse á las testas coronadas, se convertirá en gran señor... el gran señor reunirá en uno todos los odios vivos y legítimos, todos los atroces desafueros cometidos por la pérfida ambicion, y por la vil tiranía de su enemigo.... su voz, que será oída, predicará sordamente una inmensa cruzada.... Despues el gran señor se despojará de sus sedas y brocados, y se volverá en un instante el irlandés Fergus para hallar el camino del corazon de la Irlanda. Verá otra vez á su desgraciada patria, empleará sus tesoros en socorrer sus indecibles miserias, y su mano, abierta siempre para dar, estenderá algun dia su índice hácia el Oriente, mostrando á lo lejos á Lóndres, de donde descende sobre la desventurada Irlanda el torrente de to.

dos sus males, y entonces repetirá el grito de su padre moribundo: ¡Alzate, y guerra sin piedad á la Inglaterra!

Fergus pronunció estas últimas palabras con voz tan enérgica é impetuosa, que Mac-Farlane se levantó involuntariamente como si obedeciese á una órden de lo alto, brillando sus ojos, y rejuvenecido su ajado semblante con el color de su ardiente entusiasmo:

—Fergus, hermano mio, le dijo, mi entendimiento no es capáz de comprender el conjunto de vuestro plan, ni mi vista bastante perspicáz para distinguir los pormenores de vuestra grandiosa idea... pero mi corazon adivina lo que mi mente no concibe, y tengo fe en vos, fe y confianza.... ¡Ah! yo no os conocia, O-Breane... Os habeis ocultado de mí.... ¿Y quién soy yo, en efecto, para merecer solo vuestra confianza? Os lo agradezco con toda mi alma.... Baste deciros que soy enteramente vuestro.

Fergus estaba con la cabeza inclinada, y parecia absorto en una de aquellas meditaciones que se solian apoderar á menudo

de su alma. Mac-Farlane lo miraba con suma atencion, como si quisiera descubrir el invisible principio de dominacion que emanaba de toda su persona, venciendo las mas obstinadas resistencias, y despues de un corto silencio, prosiguió diciendo:

—No soy capaz de tener vuestro odio, ni aun lo hubiera concebido, y apenas puedo apreciar la satisfaccion de una venganza tan superior á las venganzas comunes.... Vuestro enemigo es poderoso, los imperios rivales no se atreven á hacerle la guerra, y mi corazon se turba al considerar los atrevidos preliminares de vuestra gran batalla.... pero adopto vuestro odio, y creo en vuestra victoria.... Dios ha puesto en vos su fortaleza, y os contemplo revestido del valor sobrenatural de los héroes maravillosos de nuestros poemas escoceses.... Seguid, seguid hablando, que no puedo dejar de admiraros y amaros.

—Los imperios caen, dijo Fergus, cuya imaginacion seguia el curso de sus reflexiones, pero los pueblos nunca mueren. Solo la mano de Dios puede convertir en una fétida laguna una ciudad culpada.... ¡La

vieja Inglaterra desaparecerá.... la nueva Inglaterra... la Irlanda!... dominará sobre Londres regenerado.... La historia no señalará ya nuestras islas en el mapa del globo como una mancha ponzoñosa, que estendiéndose sin cesar ensucia el mundo entero con su contagiosa corrupcion.... En el sitio en que existió Sodoma, habrá un pueblo sano, clemente en la victoria, porque se sentirá fuerte.... El soplo de su justicia dispersará, como vil polvo, la espesa capa de abusos sin número, de sórdidas venalidades, y de maldades insignes en que se están encenagando á la faz del mundo los agentes de la Themis inglesa.... La libertad de cultos reemplazará al vergonzoso y abominable monopolio de esa iglesia protestante, cuyos millonarios apóstoles están mas que despreciados, y la Irlanda católica, abriendo á todos los santos las puertas del templo, escogerá un dia de sol claro para quemar sobre el cadalso de Old-Bailey esos odiosos libros en que el prelado anglicano lleva en partida doble la cuenta de sus cánones feudales... No habrá ya escoceses, irlandeses é ingleses, solo

habrá hermanos libres bajo el gobierno de un rey....

— ¡Pero eso no es venganza! murmuró Mac-Farlane, cuya atencion estaba suspensa con la tranquila pintura de aquellas utopias.

— Venganza es, respondió Fergus, cuyos ojos se animaron mas, venganza sin la venda con que la cólera suele cubrir la vista. Y arrugándose de pronto su frente siguió diciendo con tristeza:

— Además, que todavía no estamos en ese caso, y la venganza, Angus, la venganza tal como vos la entendeis, precederá á todo eso, porque antes de edificar tendremos que destruir, antes de colocar triunfantes la piedra angular de las fundaciones nuevas, tendremos que quitar los escombros.... ¿Y quién sabe si veremos el fruto de nuestro trabajo? La vida es muy corta.... la empresa pesada.... Pero mi imaginacion ha ido mas allá del objeto... Ahora lo que tenemos que hacer es destruir. Os he dicho en globo cuáles son mis actuales recursos: á mas de mis riquezas, bastante considerables ya, mis cuatro buques, de los

cuales uno tiene fuerza suficiente para resistir un combate serio, me proporcionan medios de sostener las relaciones que tengo entabladas con las posesiones de ultramar, y de ir cegando una por una las fuentes de donde saca el coloso sus principales elementos de existencia.... Llegará día, en que el pacífico emperador de la China cerrará sus puertos á los cargamentos venenosos con que la compañía de la India inunda las provincias del celeste imperio.... Y este golpe, Mac-Farlane, hará vacilar á la compañía, porque gana cien millones envenenando sistemáticamente á un pueblo.... Despues, los príncipes del Indostan, desposeidos de sus estados, pedirán con las armas en la mano la justicia que por tan largo tiempo se les ha negado, y no les faltarán fusiles ni oficiales europeos, de que yo los proveeré.... En el Cabo, en uno y otro Canadá, en los Estados-Unidos, están sembrando mis agentes para recoger despues... Acaso tengamos que esperar algun tiempo... diez años... quince... ¡qué sé yo! pero llegará la cosecha, y entretanto trabajaremos, porque la obra no está mas

que empezada... En Europa haré lo que al otro lado del Océano, pero ante todo me será preciso conquistar un nombre y un título, un nombre y título verdadero, hermano, porque no quiero arriesgar mi suerte á las peligrosas probabilidades de los aventureros..... Seis meses hace fui presentado á S. M. D. Juan de Braganza, emperador del Brasil, que medita recobrar la herencia de sus padres... Pronto iré á su corte, lo acompañaré á Portugal, lo serviré, y obtendré de él una grandeza... Y esto no es como quiera una cosa eventual, MacFarlane, sino que sucederá precisamente como os lo digo.

Angus hizo una señal de asentimiento, pues ignorante y sencillo, se veía tan completamente dominado por la inteligencia superior de Fergus, que perdida la idea de lo imposible, consideraba la voluntad de éste como la del destino. Fergus se puso en pie acometido de la calentura que se apodera de todo hombre en cuya cabeza fermentan grandes pensamientos, bien sea este James Watt, Cromwell, ó Milton; bien invente una maravilla mecánica, bien

medite la caída de un trono, ó bien sueñe un poema... calentura fecunda, que hacia temblar á la Sibila vencida sobre su trípode; mal sublime, cuya estension, desconocida del vulgo, es el privilegio del genio. Echó á andar en seguida por el cuarto á paso largo, enjugando á veces algunas gotas de sudor que brillaban como perlas, y se secaban al momento en su ardorosa frente: y el movimiento de su marcha, echando un poco hácia atrás su negra y rizada cabellera, dejaba descubierto su noble semblante, y las admirables y graciosas proporciones de su cuerpo, se veian en toda su perfeccion. Era este hombre el mas á propósito para impresionar el corazon medio salvaje del arrendador escocés: vigor, audacia, belleza incomparable y casi divina se hallaban reunidas en él, y brillaban en aquel momento con el fuego de la inspiracion, con esa arrogante aureola que sabe embellecer hasta á la fealdad.

El fuego se habia apagado, y la lámpara difundia por la vasta sala su desigual é insuficiente luz, iluminando á trechos las paredes desnudas, el techo alumado, las gó-

ticas formas de los antiquísimos muebles, cuyas esculturas angulares se proyectaban en sombra sobre las blancas paredes. Angus estaba sentado debajo de la campana de la chimenea, siguiendo á Fergus con la vista y manifestando una especie de respeto supersticioso, cuando saliendo el rostro de este por casualidad y de pronto de la sombra, recibia la luz directa de la lámpara, y mostraba en la oscuridad repentinamente iluminada su belleza verdaderamente no comun. Fergus, sin dejar de andar, continuaba pintando el cuadro de sus trabajos futuros, y su plan, cuya gigantesca magnitud ocultaba á primera vista los pormenores, se iba desarrollando tan preciso, claro y lógico en cada una de sus partes, como vasto y atrevido en la totalidad. Su voz grave y penetrante, parecia el órgano de la persuasion, y animándose y remontándose hasta el entusiasmo, exclamó:

—¡En todas partes, en todas hallará eco mi grito de guerra! ¡El mundo todo será mi aliado!... ¿Hay acaso en Europa un solo rincon, donde no sea aborrecido el nombre inglés? ¿Hay alguna nacion débil ó

fuerte, á la que no haya hecho sufrir la p erfida ambicion de la Inglaterra? Al conquistador cubierto de gloria se le puede perdonar la sangre que derram  su her ica espada; pero al codicioso mercader que se bate por vender mas y mas caro, y que con lo que gana en la mano, pide á todos la bolsa   la vida... al insaciable traficante que cimenta con sangre los fundamentos de su poder...   para éste no puede haber perdón, ni piedad!... Ir , y hallará en Portugal organizada la opresion mercantil desde el reinado de Juan IV, y acomulada la cólera de muchos siglos.... en España,   Gibraltar y la traicion de santo Domingo... en Prusia, donde los ingleses, no teniendo ocasion de robar oro, han robado gloria, hallará su rencor por el desvergonzado latrocinio que ha ceñido   Wellington los laureles de Blucher... en Rusia...   Ah, Mac-Farlane! entre corsarios no falta rivalidad... cuento con la Rusia... en Austria tendremos   nuestro favor los antiguos odios mal encubiertos con la falsa máscara de las relaciones diplomáticas... en los Países-Bajos, tambien odios recientes añadidos   la

antigua cólera: san James intriga sordamente, y va poco á poco royendo los lazos que unen á la Bélgica y la Holanda, para dotar sin duda á algun príncipe necesitado de la casa de Coburgo... ¡en Francia, por último, bajo cualquier bandera, encontraré una aversion justificada, natural, y de instinto, porque la Francia revolucionaria piensa en santa Helena, y la realista se acuerda de Quiberon! Por todas partes un sentimiento único, universal, ¡y el dia en que el nombre inglés perezca, lo será de júbilo y fiesta para todas las naciones!

Pero el mundo es ya muy viejo, y no estamos en los tiempos en que un peregrino solo sublevaba los pueblos á su paso, y en que la justicia apoyada en la elocuencia creaba innumerables ejércitos... Mucho há que Irlanda lanzó un grito de afliccion, y la Irlanda sufre aun, y el mundo duerme tranquilo.... Ninguna esperanza tendria, hermano, si tuviera que arrancar de la vaina la enmohecida espada de la Europa, pero la tengo porque la Europa en mi plan desempeña una parte meramente pasiva: ¡no herirá, pero matará, porque tambien

mata el que cierra con dos vueltas á la llave la puerta de su casa, cuando oye gritar en la calle, al asesino! Así sucederá, hermano mio, añadió Fergus parándose de repente delante de Mac-Farlane, que bajó involuntariamente los ojos al ver su ardiente mirada; así sucederá, porque veo cosas que me dicen que Dios está de nuestra parte...

Fergus calló: y Mac-Farlane, deslumbrado con lo maravilloso de tan inaudito plan, lo admiraba de buena fe, y hubiera tenido lástima en aquel momento de cualquiera que hubiese dudado del éxito. Después de un breve silencio, murmuró con tímido y respetuoso acento.

—Sí, sí, hermano, Dios está de nuestra parte, lo deseo y lo creo... ¿Pero qué le habeis podido reservar al pobre Mac-Farlane de esos peligros en que no se desenvaina la espada? Yo tengo poca destreza para los combates que no se deciden por la fuerza del brazo... ¿Habeis olvidado lo que soy al elegirme por confidente? ¿No sabiais ya, preciso es que os hable claro, que mi cabeza está débil, y que á veces se

apodera un vértigo de mi turbado cerebro?...

— Sabia, contestó Fergus, que el corazón de mi hermano Angus es noble y leal, y su boca muy discreta.

— ¿Y no se necesita mas que un corazón leal, y una boca discreta para ayudaros en vuestros proyectos?

Fergus dudó un instante, y dijo al fin:

— Un corazón leal, entregado sin reserva, y dispuesto á todo.

— Hermano mio, repuso Mac-Farlane poniéndose la mano en el pecho; decidme lo que debo hacer.

El primer movimiento de O-Breane al oír esto del hombre á quien amaba, fue de gratitud y alegría; despues se arrugó su frente y miró indeciso á Angus: éste se sonrió tristemente, y le dijo:

— Desde lejos os engañó vuestra amistad; de cerca veis mas claro y no encontráis nada para que pueda ser yo útil.

— No es eso, Mac-Farlane, replicó Fergus procurando en vano desechar una preocupacion evidentemente penosa; es que vuestra pregunta me ha hecho entrar

en mí, y perder de vista las grandes y brillantes líneas del cuadro que os trazaba hace un momento... ¡Ah, hermano mio! este cuadro tiene tambien su reverso... Ningun ser débil ataca de frente á un adversario poderoso... ¡Su objeto es vencer! ¡y feliz el campeon vigoroso que puede elegir las armas! Nosotros, como somos débiles, combatiremos á escondidas, y con medios de los que en su mayor parte reprueba el honor humano... Ayer era yo un pirata; ¿mañana qué seré?... Dudo, hermano, porque os amo, si fueseis como yo, solo en el mundo y sin familia, no dudaria.

Angus frunció las cejas, y replicó:

— Me habeis pedido un corazon entregado á vos, dispuesto á todo, y os lo he dado: ¿á qué viene ahora dudar sobre lo que ya está hecho?

O-Breane le tomó la mano, y se la estrechó fuertemente, diciéndole con lentitud:

— Yo no dudo, hermano, y deseo por mi parte que vos no dudeis tampoco. Escuchadme: cuando haya yo suscitado enemigos á la Inglaterra por todas partes tendré que penetrar en el corazon de su poder y

descargar el primer golpe con su propia mano... Para esto necesito tener inteligencias en Lóndres, y las tendré, pero necesito además el apoyo de una asociacion vasta y culpable, cuya existencia ignoráis, y que dirigida por mí será un arma envenenada... Esta asociacion, llamada la *Gran Familia*, se ramifica desde Lóndres por los tres reinos, y se compone de mas de cien mil afiliados, los cuales todos son ladrones, MacFarlane, asesinos y falsarios, y tendreis que ser miembro de ella.

Angus se estremeció, pero respondió friamente:

— Lo seré, hermano.

— Hay mas aun.... Por razones que sabreis mas tarde, me importa mucho que seais dueño del castillo de Crewe.

— Soy pobre, le interrumpió el arrendador.

— Yo soy rico, replicó O-Breane, y me importa además que el dueño de Crewe sea hombre de consideracion en el pais, que esté al abrigo de toda sospecha por su posicion.... que sea magistrado.

— Eso no está en mi mano, Fergus.

— La *Gran Familia* lo hará.

Angus estaba pálido y con los ojos bajos, y murmuró:

— ¡Magistrado!.... los magistrados hacen un juramento y mi padre era un santo.

— ¿Tendré que volveros vuestra palabra, Mac-Farlane?

— Seré bandido y magistrado, hermano mio.... Mi anciano padre ha muerto, y no me puede ver.

— Pensadlo bien, repuso Fergus, como si quisiera quitarle todo pretesto para decirse despues; vais á aceptar una posicion peligrosa, y despreciable á la vez en el mundo: sereis órgano de la ley y estareis fuera de ella.... y en ambos conceptos entregado enteramente, y *dispuesto á todo*....

Angus se pasó la mano por la frente bañada de sudor; y preguntó fuera de sí:

— ¿Habeis visto á mis hijas, Fergus? serán muy bellas, y yo quiero que sean muy puras.... ¡Ana y Clary!... Mas no sabrán que su padre es criminal, ¿no es verdad?

— Puede ser.... murmuró Fergus po-

niéndose pálido á su vez. ¡Hermano mio, hermano, mi destino me arrastra!... Perdonadme que os haya tentado.... ¡Negaos! ¡negaos!...

—Mi destino es seguir el vuestro, dijo estóicamente Mac-Farlane; teneis un corazon leal, Fergus, y me señalais con la mano el abismo.... si cierro los ojos es solo por mi voluntad.... Estaré entregado á vos y dispuesto á todo.

Fergus bajó la cabeza como si le pesara de su victoria. Ana y Clary dormian en una misma cuna en el momento en que su padre sancionaba pacto tan terrible: y su madre, débil y enfermiza, las contemplaba con una sonrisa amable y melancólica á un tiempo. Su diáfana blancura tomaba, debajo de los párpados, el reflejo azulado con que la consuncion marca anticipadamente sus víctimas en el duro clima de Escocia, y la pobre Amy Mac-Farlane, que se sentia morir lentamente, miraba á aquellos dos ángeles, su esperanza y su orgullo, como se mira un tesoro que se va á perder. Pero se resignaba dulce y piadosa con la voluntad de Dios, y esperaba, no

para sí, sino para sus hijas que las hiciera bellas, buenas y dichosas; y mas de una vez se le oyó murmurar aquella noche, desprendiéndose de sus párpados una lágrima:

—Angus cuidará de ellas....



CAPÍTULO.

Quince años.

LA noche se hallaba muy avanzada, haciendo mas de tres horas que estaban juntos Mac-Farlane y Fergus, y éste, desvanecido el entusiasmo que exaltaba su valor cuando su imaginacion, atravesaba los años de tenebrosas imaginaciones y preparativos preliminares que lo separaban del fin, llevaba su pensamiento á las horas de verdadero combate, y se veia luebando poder contra poder: él de una parte, y de

la otra la Inglaterra. Sentíase poseido de un disgusto amargo y profundo que afectaba su voluntad sin poder abatirla, al contemplar los vergonzosos medios de que se tenía que valer, y este disgusto era doble mayor, porque veía á Angus, su amigo y hermano, sacado de la vida comun y ordinaria, y entregado á los azares de otra de crímenes y peligros. Porque Fergus no se alucinaba, veía las cosas cuales eran en sí, sin buscar disculpas en los subterfugios de la conciencia: era franco consigo mismo, y mejor quería apoyarse en su arrogancia y decision, que en transacciones hipócritas; y en medio de su orgullo hallaba excusa en la grandeza del objeto, y en la desproporcionada fuerza del enemigo que tenía que combatir para conseguirlo; ¿pero por qué hacer gravitar sobre Angus una parte de la fatal empresa?

Esto se decía á sí mismo O-Breane; mas en el hombre, imperiosamente dominado por una idea, es natural el apego al neófito que ha conquistado para su religion, y la voluntad de Angus era además tan decidida, que una vez manifestada, preferiria la

soberbia escocesa mil muertes á una retraccion, por manera que ni por una ni por otra parte habia ya medio de retroceder. Fergus, acostumbrado á muchas fluctuaciones en los cinco años de trabajos solitarios, nada perdía de su decision por sentir resfriado su entusiasmo, pues en él dominaba siempre su voluntad inflexible y fuerte, bien que el calor de sus reflexiones lo trasportase mas allá de la realidad actual, ó que cayese de la cumbre de sus altas esperanzas destrozado, pero no vencido. Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, y acabó de presentar á la vista de Mac-Farlane todo cuanto éste debia saber para obrar, y ambos convinieron en que debian ignorar, hasta los mismos adictos á Fergus, el grado de confianza que entre ellos existia. Seria ya como la media noche cuando se separaron, retirándose Mac-Farlane á lo interior de la granja, y quedándose Fergus en la misma pieza, donde le habian dispuesto una cama.

Mac-Farlane, así que estuvo lejos de la presencia de Fergus, sintió un gran peso sobre su corazon, y su débil cerebro, su-

jeto ya á los sombríos delirios que llaman los escoceses *segunda vista*, y que ellos creen advertencias proféticas, se llenó de lúgubres visiones. El imperio que sobre él egercia Fergus presente, sufrió una especie de misteriosa reaccion en su ausencia, presentándosele sombrío el porvenir, y un lejano horizonte de desgracias dominado por aquel como un mal genio. Hasta entonces su vida habia sido triste, y enteramente ocupada con la idea de venganza; pero la venganza es santa para el escocés, y toda cosa que se llama santa, séalo ó no en realidad, anima y fortalece; mas ahora se veia empeñado de repente en un camino nuevo y desconocido, sembradas por todo él la mentira, la deshonra y el crimen, y se le decia ¡anda! y la boca que pronunciaba esta fatal palabra vencía todas las resistencias, y era una boca amada y soberana á la vez, cuyas espresiones llevaban consigo el encanto de la súplica, y el poder del mandato. Pero Angus, una vez fuera del círculo en que se egercia el prestigio, se reveló, se irritó, y perdió completamente de vista todas las vastas

combinaciones, cuyos mil secretos habia descubierto un instante, puestos en claro por la brillante elocuencia de O-Breane, y no vió ya mas que tinieblas, y su supersticiosa imaginacion se asustó y sobresaltó. Y á pesar de todo esto, no pensaba en retroceder, sino que semejante á los niños, cuya obstinacion sostenida por el orgullo se resiste á la evidencia de la razon, se dejaba arrastrar por su vana cólera, y nada mas, y se hubiera indignado contra cualquiera que le hubiese propuesto romper el pacto convenido, y hasta contra el mismo Fergus, si lo hubiera hecho.

Angus era uno de esos hombres débiles, que el vulgo generalmente reputa fuertes: su energía natural no tenia base, su voluntad vacilaba, y su valor era el del jabalí forzado en su cama, pero su estado ordinario era una especie de fiebre lenta y sombría con todas las apariencias de aquel misterioso fuego que consume á ciertas almas grandes, á quienes viene estrecho el cuerpo que las encierra. Su corazon era generoso y leal, su carácter groseramente alegre, aunque oprimido por la desgracia,

y tenia una afición vaga á todo lo triste y maravilloso, que es enfermedad endémica en los campos de Escocia, y desconocida de los robustos arrendadores ingleses: enfermedad harto rara, que en el órden intelectual lo mismo produce las llorosas estrofas de los sepulcros de Young, que los delirios casi sublimes de Ossian, y las encantadoras páginas en que Walter-Scott traza sus fantasmagorías, y en el moral, engendra epilépticos entusiastas, locos sin cuento, y hechiceros de aldea. ¿Por qué habria escogido Fergus á un hombre semejante por su único y privilegiado consejero?... Por simpatía.... y perdónenos el lector que no le podamos dar otra razon mejor. Para responder á esta pregunta completamente metafísica, hemos consultado á Loke y á Bacon, á Stewart, Hume, y Berkeley, á Kant y á Ceibnite, hemos registrado cuidadosamente los ecléticos volúmenes de Mr. Consin, pero ha sido trabajo en valde, porque ninguno de ellos ha escrito ni una línea sobre tan interesante materia. En cuanto al profesor francés.... nuestra calidad de ingleses nos

obliga á ser muy circunspectos para evitar todo lo que pueda parecer prevencion nacional, no obstante que una revista de París, á la que su avanzada edad, sus enfermedades, sus desgracias, y la dolorosa operacion que acaba de sufrir le dan un carácter ágrío, muy disimulable en su posicion, nos ha hecho el honor, segun dicen, de anatematizar nuestra obra.

Volviendo al asunto, repetimos que por simpatía, porque Fergus amaba á Angus. Al salir este de la pieza en que estaba para dirigirse á su cuarto, entró, segun su costumbre, en la alcoba de sus hijas, donde halló á su muger Amy dormida con la cabeza descansando sobre el borde de la cuna de las dos. El sonido de su respiracion oprimida y trabajosa cubria enteramente el de la respiracion igual y tranquila de las dos niñas dormidas tambien megilla con megilla, y confundiéndose en el hueco que formaba la almohada los rizos de sus pelos rubios y sus celestiales sonrisas. Angus con un mismo beso tocó las dos bocas unidas, y en seguida alargó el brazo para despertar á Amy, pues tropezando al

mismo tiempo sus ojos con la cara de su muger vivamente alumbrada por la luz de una lámpara inmediata, vió que su sueño era el de la calentura, que su pálida megilla estaba marcada con un punto sonrosado, y que el sudor de su frente aflojaba los bucles de su pelo. A los escoceses no hay que enseñarles el fatal conocimiento de ciertos síntomas, y así fue que su brazo se quedó en el aire, y un dolor cruel afligió su corazón. Otras varias veces habia observado el rostro de su muger dormida, oído su respiracion fatigada, y visto el amenazador matiz de sus megillas y el frio sudor de sus sienes, y habia concebido sin duda tristes temores, pero aquella noche se llenó de espanto y desesperacion. Volvió su desolada vista hácia sus hijas, salió de su pecho un sordo gemido, y despues sintió dentro de sí mismo una cosa tan estraña que le pareció locura, pues era un arrebatto de odio contra Fergus O-Breane.

— ¡Yo no me podia entregar! murmuró: ¡yo no era dueño de mí mismo!... Amy me dirá al morir.... porque me voy á quedar solo.... Amy, mi pobre muger,

me dirá: yo te las confío, á nadie tienen mas que á ti, y tú serás su padre y su madre.... ¿Y qué le he de responder? ¡porqué á los que están próximos á morir no se les miente!

Apretándose en seguida la frente con las manos, se precipitó hácia la pieza en que habia dejado á Fergus, pero no dió mas que un paso, y se detuvo diciéndose á sí mismo:

—Mi hermano me ha mostrado el peligro sin ocultarme nada, yo me he entregado á él con mi plena voluntad.... Amy no morirá.... tiempo tengo.... Un hombre no debe retractar su palabra.

Fergus entretanto estaba solo, entregado á sus habituales meditaciones, y el cansancio del viage le produjo un sueño que lo sorprendió en medio de ellas, tan profundo, que no cedió al ruido que hizo al abrirse la puerta exterior, cerrada solo con el picaporte, segun la costumbre antigua de Escocia. La noche tocaba á su fin, y entró un hombre muerto de frio, que lo primero que hizo fue apurar la botella de vino de Francia que habia empezada sobre

la mesa, y reanimar en seguida el fuego medio apagado, colocándose debajo de la campana de la chimenea. Fergus despertó ya de día claro, y se encontró con un buen fuego, y á Randal Grahame sentado junto á él fumando un cigarro venido directamente de la Habana, y le dijo, no sin alguna admiracion:

—¿Os ha negado la hospitalidad Mr. Mac-Nab?

—Mac-Nab es un abogado prudente, respondió Grahame, y lo creo muy capaz de rehusar todo lo que no tenga necesidad de conceder; pero á mí, O-Breane, nada me ha rehusado, porque nada le he pedido.

—Yo creí que tratabais....

—Sí, si.... de rezar en el cuarto del viejo Grahame que ha muerto, (aquí se descubrió la cabeza) y es cosa que he hecho en efecto. Pero maldito si para eso necesitaba yo licencia de Mac-Nab, ni de nadie, pues para entrar en la casa de mi padre sé yo, O-Breane, mas caminos que la puerta y la ventana... Aun tengo buena memoria, y aunque pasé diez años en los montes antes de comparecer ante el tribu-

nal de Glasgow, y por consiguiente son quince los que salto de la casa y sus inmediaciones, he sabido encontrar el camino como si lo hubiera andado ayer.

— Tanto mejor, dijo Fergus, porque segun eso tambien encontrareis el subterráneo.

— Cabalmente, y es el caso, replicó Grahame, que de una pedrada he matado dos pájaros, O-Breane, pues en lugar de venir aquí atravesando los campos, he acertado el camino viniendo por el subterráneo de Santa María.

— ¿Y qué habeis visto allí? le preguntó Fergus con viveza.

— ¡Ah, mi comandante! exclamó Randal, ni mandado hacer espresamente podia ser mejor. No parece sino que el diablo nos abre los caminos.... De todo hay allí, grandes salas abovedadas para nuestros operarios, un dormitorio á cincuenta pies debajo de tierra, y hasta una corriente de agua, el torrente de Blackflood, para dar movimiento á un molino de papel.... Por vida mia, que con esto tenemos ya medio hechos nuestros billetes de banco, y estoy

por decir que en toda la Escocia, ni en Inglaterra ni en Irlanda, seria posible hallar sitio mas á propósito.

—¿Y las salidas? dijo Fergus.

—Ese es otro cantar, respondió Grahame meneando la cabeza; pero refiriéndoos mi viage, despacharé mas pronto... Cuando me separé de vos entré en la choza de un antiguo camarada de mi padre, Evan de Leed, cuyo hijo Duncan era criado de Mac-Farlane, cuando éste tenia criados... porque ahora parece que es mas pobre que Job. Duncan no me conoció, y me dió un vaso de cerveza, y yo le pedí prestada una linterna y un eslabon sin decirle para qué. El parque de Crewe tiene las tapias ruinosas, y el castillo está poco mas ó menos lo mismo, de forma que entra uno en él como Pedro por su casa, y pude llegar hasta el salon grande sin encontrar ninguna puerta cerrada.... El castillo necesita hacerse de nuevo.... es cosa de diez á quince mil libras esterlinas.... por lo menos. En el salon me costó poco trabajo dar con el resorte de la puerta secreta por donde se baja á los subterráneos, pero me

costó mucho hacerlo mover. Vive Dios, que apostaría á que en quince años no ha ido nadie por aquel camino á nuestra casa... El resorte cedió al fin, y encendí la linterna y bajé... en cuanto á las galerías, ya os lo he dicho, son capaces de poderse alojar en ellas un ejército, y podremos fabricar allí hasta el papel para nuestros billetes de banco. Pero hace mucho frio, O-Breane, añadió Randal acercando mas su silla á la lumbre, aquí he llegado arredo.... El subterráneo lo fui reconociendo ayudado de mis recuerdos y del ruido del torrente de Blackflood, y logré por fin poner el pie en el primer escalon de la escalera que sale á la casa en que vivia mi padre, y ahora Mac-Nab. Por esta parte no está tan bien guardado nuestro secreto, O-Breane: encontré abierto el trozo de pared que cubre la entrada por fuera, y lo hice rodar sobre su eje sin gran trabajo, y empujando una puerta me hallé en el mismo cuarto en donde queria yo rezar por el eterno descanso del alma del viejo Grahame. Mas el tal cuarto está habitado, y Mac-Nab dormia precisamente en la misma cama

de mi padre, y en otra pequeña un niño... un niño hermoso, por vida mia, fresco como una rosa y con cara muy espresiva... harán de él un abogado, un médico, un procurador, lo que quieran, porque las gentes honradas tienen oficios malditos.... pero esto nos importa poco: lo interesante es que segun todas las apariencias Mac-Nab conoce el subterráneo....

—¿Y no se le podria alejar de allí? dijo Fergus.

—Otra cosa pensé yo.... llevaba mi cuchillo.... pero he visto tantas veces dormido á mi padre en aquella misma cama.... y además, que como habia ido á rezar me hingué de rodillas. En medio de todo, creo que Mac-Nab no acostumbra pasear por los subterráneos, y si le diese gana de espiar-nos, está allí el torrente de Blackblood que, sin dejar de mover nuestro molino, nos desembarazaria de un testigo curioso.

—Es preciso buscar otro medio, replicó Fergus, porque Mac-Nab es hermano de un hombre á quien quiero mucho.

—Lo buscaremos.... Pero queda el castillo.... el dia mas claro, cualquier lord

aficionado á las historias del autor de *Waverley* se enamorará de su pintoresca situación, y lo comprará.... Esto sucederá infaliblemente cuando menos se piense, y yo no puedo ser propietario en este país donde me podrían conocer por casualidad.... y es preciso por lo mismo buscar un hombre....

— Ya lo tenemos, contestó *Fergus*.

— ¡Ah! dijo *Randal* sonriéndose, ¿parece que vos habeis trabajado también esta noche?

Un mes después de esta conversación compró *Angus Mac-Farlane*, con grande admiración de toda la comarca, el castillo de *Crewe* y sus dependencias, sin que esta compra, al parecer, agotara sus recursos, porque hizo grandes reparaciones en el edificio, y trasladó á él el domicilio de su familia, dejando la quinta de *Leed* á su antiguo criado *Duncan*. Nadie podía adivinar de dónde le había venido esta repentina opulencia, pero en todo caso no le había traído al mismo tiempo la felicidad, porque *Angus*, á quien los vecinos de las inmediaciones se acostumbraron á llamar el *laird*, se había separado de su hermano

Mac-Nab, y cada vez se le veia mas sombrío y taciturno.

El lector ya sabe, sin necesidad de nuevas esplicaciones, quiénes eran los fingidos frailes reunidos en una orgía en los subterráneos de Santa María de Crevve; la noche en que fue robada la infeliz Harriet Perceval; y sabe tambien de dónde le venian al cajero de la casa cuadrada, en el rincon de Cornhill, aquella profusion de billetes de banco, que impulsó á Tom-Turbull y compañeros á asaltar el escritorio del pacífico Mr. Smith. Los subterráneos de Santa María se convirtieron en fábrica de falsos billetes de banco, y al mismo tiempo en punto de reunion y de asilo para los individuos mas considerados de la *Familia*, que tenian que ausentarse de Lóndres por necesidad, y vino á ser el *Purgatorio* de los lores de la noche.

Las cosas, sin embargo, no se combinaron de modo que todo sucediese así desde luego, sino que fueron necesarios años para que llegaran á este punto, durante los cuales solo Randal tuvo relaciones en su propio nombre con la *Gran Familia* de

Lóndres, porque Fergus no queria dar la cara, sino enterarse de lo que era aquel misterioso poder, y entablar negociaciones como de potencia á potencia. Su humilde apellido de O-Breane le parecia un obstáculo para conseguir la dictadura á que aspiraba, porque en la asociacion habia personas de alta categoría, como magistrados, oficiales del ejército inglés, y aun lores, y mientras no adquirió un apellido ilustre y un titulo sonoro, no entró en comunicaciones directas con la *Familia*. Entre los caballeros de la noche, el único que lo podia conocer era el jóven doctor Moore, que empezaba á fundar su reputacion de gran médico, al mismo tiempo que tomaba parte, cada vez mas activa, en las tenebrosas maquinaciones de la *Familia*. Pero como solo lo habia visto enfermo y con el traje de deportado abordo del Cumberland, sus recuerdos podian no ser muy precisos, y con efecto no lo conoció, y el apellido O-Breane pasó por apodo, y fue tanto el influjo que adquirió al instante sobre los individuos mas importantes de la asociacion, que lo eligieron gefe supremo

de ella. Entonces era Angus Mac-Farlane juez de paz del condado, y con esto los subterráneos de Santa María estuvieron seguros y bien guardados.

En los años siguientes á su regreso á Europa, hizo una vida, por decirlo así, doble; tan pronto lo trasportaba uno de sus buques á alguna corte estrangera donde continuaba sus negociaciones y tegia la red en que se debia enredar la Inglaterra, como volvía á aparecer en Escocia, donde el terror público le atribuía bajo el nombre de Fergus el rojo, hechos extraordinarios de vandalismo. Mas se engañaba el terror público porque Fergus tenía otros quehaceres mas importantes que saltar los caminos, y sobre él cargaban las altas hazañas de sus compañeros, entre los cuales el antiguo bandido Randal Grahame no era el que menos contribuía á ensalzar su nombre. Su primer viage fue al Brasil hácia el año de 1820 en que S. M. el emperador estaba para partir á Portugal. Fergus con mucha anticipacion, y bajo un nombre mercantilmente respetable, se habia grangeado en aquella corte relaciones importantes, y

entre ellas la de la emperatriz Leopoldina, archiduquesa de Austria, y como los comerciantes ingleses tienen la ciencia infusa de los nobles modales, y se rozan con los príncipes, le dispensó la emperatriz su proteccion, y esto dió lugar á que los maldicientes hicieran la observacion de que era el mas bello mozo de la corte. Tal vez á esto, y á los grandes servicios que hizo á **Juan IV**, debió que este príncipe lo elevara sucesivamente al mas alto rango de la nobleza, pues en 1822, un año despues de la restauracion de la casa de Braganza, **Fergus O-Breane**, el huérfano de san Gil, era grande de Portugal de primera clase, gran cruz de la órden de Cristo y marqués de Rio-Santo en Paraiba, quedando además sustituido por un decreto real en el apellido y título de la estinguida familia de los Alarcones de Coimbra. Por manera que cuando hemos oido anunciar en los aristocráticos salones del West-End á **D. José María Tellez de Alarcon**, marqués de Rio-Santo, no ha sido á un aventurero vulgar ennoblecido con dolo, y ostentando un título usurpado, sino á un gran señor de legí-

timo cuño, á un marqués por diploma real, á un alto personage, en cuyo pecho brillaban las condecoraciones europeas mas apetecidas y menos pródigas.

De Portugal volvió á Escocia, y entonces fue cuando tuvo lugar la muerte de Mac-Nab. Este habia empleado todo su influjo de honradéz y de parentesco para descubrir el secreto de Angus Mac-Farlane y apartarlo de un camino que suponía peligroso y desleal, pero este se habia negado á toda explicacion. Al cabo de algunos años, y precisamente á la vuelta de Fergus á Escocia hecho marqués de Rio-Santo, traslució Mac-Nab por casualidad algo de los misterios del subterráneo de Santa María, y lo avisó á Angus, mas éste no hizo caso, y únicamente dijo á su cuñado que viviera precavido. Mac-Nab era hombre que no tenia miedo, y dió parte á las autoridades inmediatas, mas á la noche siguiente del dia en que lo hizo se introdujo en su cuarto Fergus en persona, acompañado de Bob-Lantern, que era uno de los *operarios* de Randal, por el camino que ya sabemos. Detrás de ellos fueron

algunos hombres de la *Familia*, que hicieron girar el lienzo de pared, y sujetaron despues las gruesas abrazaderas que servian de cerradura á aquella gigantesca puerta. Los recuerdos de Stephen eran bastante exactos para que no necesitemos referir otra vez lo que entonces pasó, y solo una prevencion muy natural le hizo exagerar los pormenores de la muerte de su padre, que al fin no fue un asesinato, sino un duelo verdadero, si es que así puede llamarse una lucha en que uno de los adversarios se ve precisado á defenderse, sin ser dueño de rehusar el combate.

Además de la denuncia que acababa de hacer Mac-Mab, habia otros motivos de desavenencia entre él y Fergus, sin que por esto pretendamos disculpar al último: ¿pero no habia sido Mac-Nab quien introdujo á Godofredo de Lancaster en casa de Mac-Farlane? ¿No habia sido él tambien la causa, aunque indirecta, de la deportacion de Fergus, y del desgraciado enlace de la desdichada Mary? Tan persuadido estaba Mac-Nab de estos agravios, que así que se le presentó Fergus se consideró

perdido; aceptó el combate como único recurso, y las armas estaban en su favor, pues fueron dirks, y es proverbial la habilidad de los escoceses para manejarlos. Al primer golpe cayó efectivamente, como nos lo contó Stephen, mas O-Breane le dió tiempo para que se levantara: fue derribado segunda vez, y lo volvió á dejar ponerse en guardia sin estar herido, y solo al tercer asalto recibió el golpe mortal.

Esta muerte, y la de Amy Mac-Farlane, que acaeció poco despues, agravaron el humor sombrío del laird, y lo pusieron en un estado de casi demencia, cobrando sobre él un imperio absoluto sus ideas supersticiosas. Se complacia en los lúgubres enagenamientos de la *segunda vista*, y sintió crecer en él un deseo irracional de venganza contra Fergus á quien llamaba asesino de su cuñado, contra Fergus á quien llamaba tambien asesino de su muger. Porque la pobre Amy habia sido muy desgraciada en los últimos años de su vida, pues su penetracion descubrió muy luego que pesaba un gran secreto sobre la conciencia de su marido, y despues traslució lo

bastante para temer y llorar amargamente por el porvenir de sus dos hijas, que crecian cada vez mas bellas junto á su lecho de dolor. De estas postreras inquietudes de la desventurada madre acusaba Angus á O-Breane, pero lo acusaba únicamente cuando estaba solo, y lejos del absoluto imperio que éste egercia sobre él, pues cuando se hallaba en su presencia huia como avergonzado de su rencor, y él mismo lo consideraba como una traicion. Lucha á la verdad estraña y continua que trababan en su interior el fogoso deseo de venganza, y un apasionado cariño mezclado de admiracion y respeto.

Fergus proseguia con ardor en su empresa, y la Rusia, el Austria, España y Francia lo vieron sucesivamente pasar por ellas, ocupado siempre de su único pensamiento que ocultaba bajo la brillante capa de D. Juan. Admirábanle como una divinidad las mugeres, á cuyos pies se entretenia tanto, que nadie hubiera podido creer un pensamiento elevado, constante é invariable, dentro de aquella frente coronada de amores, como se coronaba de rosas

sobre el lecho de los festines la perfumada frente de los sacerdotes de la antigua voluptuosidad. Otras veces pasaba el mar para recorrer los ásperos campos de la desgraciada Irlanda, cuyas miserias sin número lo irritaban, predicando por sí mismo, ó por medio de agentes, una cruzada. Daniel O-Connell, que lo oyó una vez, admiraba la grandeza de sus ideas, reprobando, no obstante, al mismo tiempo la forma revolucionaria de su proyecto, en cuyo fondo veía con horror la guerra civil, como no podía menos de hacerlo aquel hombre de carácter paciente mas bien que atrevido, y apasionado á las luchas legales á que tanto se presta la confusion de la legislacion inglesa. En estos diversos y continuos trabajos pasó quince años, al cabo de los cuales la trinchera estuvo ya lista para el asalto: los establecimientos de la India, sordamente conmovidos, vacilaban sobre su minada base: la China condenaba á muerte á los traficantes de opio: el Canadá alto y el bajo se subleaban á porfia, y respondian al grito de Papineau: el Cabo se estremecía con las amenazas de los ho-

landeses que habian tomado las armas: las Antillas sufrían y volvían su vista á Francia; y el Snidhy, por último, lanzaba su grito de guerra, al que debia responder el grito de muerte de millares de soldados ingleses.

Los Estados-Unidos por una parte levantaban la voz, y con insultante indiferencia presentaban la paz ó la guerra entre los pliegues de su ropage republicano. La Europa por otra amenazaba con razon, y se quejaba, y pedia la revision de los maquiavélicos tratados de comercio, que abren sin compensacion los mercados del mundo á los superabundantes productos de la industria inglesa. En el interior, finalmente, rugía la tempestad en Irlanda; el pais de Gales se negaba á pagar el impuesto, preludiando así la estraña guerra que hicieron mas adelante al tesoro público las *hijas de Rebeca*; el partido cartista, plaga terrible, estaba ya formado, y los inquietos tegedores de seda de Spitael-Fields formaban reuniones innumerables en las mismas puertas de Lóndres, dando gritos de furor contra la metrópoli.

A ella se dirigió Fergus porque era llegado el momento de herir al coloso en el corazon, y á su arribo no se le economizaron los obsequios: el espléndido lord nada tuvo que hacer mas que mostrarse para conquistar todos los amores, todas las admiraciones, y ser el ídolo de la gigantesca ciudad.... ¿Pero el viejo Homero con su divina sabiduría, no nos presenta á los vasallos de Príamo prosternados al rededor del caballo de madera, cuyo pérfido vientre encerraba la ruina de Troya?





La fantasma.

YA sabemos ahora quién era el marqués de Rio-Santo, lo que habia hecho, y los medios con que contaba para luchar solo contra la Inglaterra, y por consiguiente estamos en el caso de calificar lo que tenia su proyecto de sábio y de temerario, pero creemos muy supérfluo omitir sobre esto nuestra opinion personal. Réstanos decir, antes de volver á anudar el hilo de los sucesos, que Mac-Farlane y

Fergus hicieron en Lóndres las mas esquisitas diligencias en busca de la condesa de White-Manor y de su hija, aunque todas inútiles, pues no adquirieron la menor noticia, hasta que dos años antes de la época en que empieza nuestra historia apareció un dia Mary en Escocia, porque muerta su hija, nada la detenía en Lóndres. Angus la interrogó, pero ella, que estaba muy cambiada de alma y cuerpo, no le respondió mas que:

— ¡Mi hija ha muerto!

En cuanto á la persona que la habia recogido y cuidado de ella nada quiso decir, y cuando su hermano le preguntó por qué habia preferido el apoyo de un extraño, le contestó:

— Porque respetaba mi secreto, y su generosa reserva era la seguridad de mi hija.... ¡Pero ésta ha muerto.... á los catorce años!... Me lo ha dicho su carcelero.

— ¿Y no te habrá podido engañar? le replicó Angus.

— ¿Quién, él? contestó: ¡es un hombre harto cruel y desapiadado! pero no hay ninguno que lo sea tanto, que le diga

á una madre, no siendo verdad, tu hija ha muerto.

Mary no quiso ver á nadie, y á Fergus menos que á todos, y se confinó en una pieza del castillo de Crewe, donde pasaba los dias llorando y rezando, y cuando su hermano Mac-Farlane estaba acometido de su dolencia, lo cuidada con esmero y amabilidad, y solo ella lo podia calmar en aquellos momentos, porque él le conservaba un cariño ilimitado. Nadie sabia su estancia allí, porque llegó de noche, y solo habia salido en alguna que otra muy oscura, á dar un paseo hácia las ruinas de Santa María, de donde todos huian como de un lugar contaminado por los monges papistas, y si alguno hubiese percibido su figura blanca en aquellos sitios, la hubiera creído una aparicion sobrenatural, y echado á correr estropeando algun exorcismo biblico.

Por lo que hace á nuestros demás personajes, ninguna necesidad tenemos de referir los sucesos de su vida pasada, pero hay uno, sin embargo, que merecerá especial mencion, y que el lector se complaceria en

saber, por qué serie de acontecimientos novelescos habia llegado el buen Paddy O-Chrane desde simple marinero á capitán del *Arenque*, fletado por Gween de Carlisle. Pero razones de mucho peso, que deben ser un misterio hasta el fin de los siglos, nos impiden hacer, como pudiéramos, su biografía completa y razonada. Dicho esto para evitar toda reconvencion, seguiremos nuestro relato.

Durante la conferencia de Brian de Lancaster con su hermano el conde de White-Manor, Frank Perceval y Stephen Mac-Nab se hallaban juntos en casa de la madre de este último en Cornhill, tristes y abatidos ambos, porque su primera hostilidad contra Rio-Santo habia tenido tan mal resultado, que hacia decaer su valor, pues Mary, desde entonces, atacada por una enfermedad horrible, tenia un pie en la sepultura. Frank iba diariamente á casa de su prima Diana Steward, y ésta le decia desconsolada, que Mary continuaba hecha una estatua, y en mas inminente riesgo de muerte cada vez. Esta enfermedad de Mary, espantosa por su naturaleza,

ponia á Rio-Santo al abrigo de todo ataque, pues Frank Perceval, ligado por su juramento á lady Ophelia, nada podia hacer sino dirigiéndose á Mary, y esta no estaba capáz de oirlo. Stephen, aunque nada habia jurado, no por eso dejaba de ser menos efectiva su impotencia, pues ¿á qué magistrados se habia de dirigir? ¿cómo acusar á Rio-Santo del robo de Ana y Clary? ¿quién admitiria una acusacion desnuda de pruebas? ¿quién habia de creer un hecho, de que dudaba el mismo Mac-Nab?

Era, sin embargo, preciso salir de aquella desastrosa posicion, y como no se hallaba rastro de las dos hermanas, y el pobre irlandés Donnor de Ardagh habia apurado todas sus investigaciones, no habia mas que motivos para desesperarse. Stephen, sin noticia de Frank Perceval, habia ido muchas veces á la plaza de Belgrave con el objeto de ver á Rio-Santo, y forzarlo á una explicacion, mas tambien este camino estaba obstruido, porque la entrada en el palacio de Irish estaba severamente prohibida, á causa de que el marqués velaba dia y noche á la cabecera de

Angus Mac-Farlane. Los dos amigos estaban sentados uno enfrente de otro, en la mesa del despacho de Stephen, que amueblado con sencillez presentaba el aspecto severo y algo repugnante de los gabinetes de los médicos de Londres. Estos señores, en efecto, despliegan en ellos un lujo de huesos humanos, muy halagüeño sin duda para los ojos científicos, pero que ofende vivamente los de los simples mortales. Encima de la mesa habia dos esqueletos de hombre y muger perfectamente modelados en cera, que mostraban la espantosa espiral de su cuerpo, el cráneo en secciones, y colocados, segun la moda, en una postura académica de muy bello efecto. Sobre la chimenea, dos vasos llenos de espíritu de vino contenian dos embriones, no muy ufanos, al parecer, del esplendor de su ataud. A derecha é izquierda colgaban de las paredes varias piezas anatómicas: aquí un brazo, allí una columna vertebral, mas allá una tibia, al otro lado un par de rótulas, y encima del espejo de la chimenea una mandíbula indudablemente irlandesa, mostraba sus dientes blancos y largos, que

parecían estar aun hambrientos. Stephen, sin embargo, era un médico muy modesto, porque en casa de un *físico* de moda, se hubieran hallado muchas mas lindezas, lo cual es fácil de concebir teniendo presente que nuestras damas son muy aficionadas á la anatomía, y como no hay ahorcados diariamente, necesitan buscar otra distraccion.

Frank y Stephen tenían una conversacion triste é interrumpida con largos ratos de silencio; se amaban entrañablemente, pero el desaliento trae siempre consigo una especie de marasmo, en cuyo fondo está la apatía, y esta es el egoismo, y por esto, al paso que uno y otro querian hacer la conversacion comun, la traian á lo que los ocupaba, y cada cual decia cosas que no tenían relacion con lo del otro.

—He escrito á Lochmaben, decia Stephen, y no sé por qué lo he hecho, Frank, porque sería locura esperar nada....

—Es una enfermedad horrorosa, Mac-Nab, contestaba Frank, ¿quién era capaz de preveerla?

—Y ni el menor indicio.... ¡nada!

— ¡Nada!... ¡ni un movimiento siquiera!... ¡apenas respira!

Frank tenía la cabeza y el corazón ocupados con miss Trevor, y Stephen pensaba en Clary, y no se entendían: pero empezaron á entenderse y á hallar todo el ardor de la amistad de su infancia, así que el aborrecido nombre de Rio-Santo, casualmente pronunciado, los despertó de su letargo, y entonces cada uno dejaba lugar entre su propio dolor para el de su amigo. Las nueve marcaba el reloj, cuando en un intervalo de silencio, oyeron hablar en el piso bajo, y Frank, creyendo que habían pronunciado su nombre, dijo:

— ¿No es la voz de Jack?

Stephen, algo sobresaltado, aplicó el oído, y contestó:

— La voz de Jack es: Dios quiera que tengais buenas noticias, Frank.

Este había ya salido á la escalera, desde donde le mandaba á su anciano criado que subiera.

— ¡Bien! ¡muy bien! señor; dijo en voz baja la voz agridulce de Betty, la criada de mistriss Mac-Nab: Mr. Stephen me ha-

bia dicho que no dejara subir á nadie, mas puesto que ya no es él quien manda en casa de su madre, me lavo las manos..... Subid, amigo, si os lo permiten vuestras piernas, y vereis á ese caballero que manda en casa agena sin ningun cumplimiento, ¡á fe mia!

Jack se dió prisa á subir así que dejó Betty de impedirselo.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntó con viveza Perceval.

—Dos cartas para Vuestro Honor, respondió el anciano Jack casi sin aliento.

Frank las tomó con ansiedad, abrió la primera que se le presentó, y se entró en el cuarto de Stephen, adonde le siguió Jack; mas apenas divisó el viejo los esquetos, tanto naturales como artificiales, que adornaban aquella estancia científica, retrocedió de repente y se quedó arrinconado en un ángulo de la meseta de la escalera. Frank leyó precipitadamente las seis ú ocho líneas primeras de la carta sin haberse disminuido su emocion, y dijo:

—Y bien, Jack, ¿y qué mas?

La puerta se habia cerrado sola á favor

de un contrapeso, que es muy comun usar en Lóndres, y Jack, incapáz de oír nada, estaba temblando en el rincon, pues aunque es preciso confesar que no obstante su cabeza calva, era muy capáz de hacer frente á cualquiera con un dirk en la mano, tratándose de esqueletos y huesos tenia miedo por dos razones. La primera, porque la devocion protestante tiene horror á la anatomía, á la que atribuyen ideas de sacrilegio ministros ignorantes é hipócritas, y la segunda, porque era escocés, y propenso como tal á los espantos nada racionales de la supersticion: aquellos esqueletos le olian á hechicería, y Mac-Nab se le figuraba un nigromántico. Mientras que así temblaba escandalizado, vino un incidente á poner el colmo á su terror: una cosa horrible y siniestra pasó rozando con él, parecida á un ser humano, un cuerpo largo, flaco, enjuto, con una cabeza herizado el pelo, y pasó tan cerca, que creyó sentir en su cara el soplo ardiente y diabólico de una respiracion, que solo podia ser de un espectro salido del infierno. Jack no tuvo fuerzas para gritar, y el espectro se escur-

rió, y desapareció entrando por la puerta del cuarto de las dos niñas. Mac-Farlane, al mismo tiempo que Frank, dijo impaciente:

— ¡Jack! ¡Jack!

Este, colocado entre la necesidad de pronunciar un exorcismo, ó contestar á su amo, no hizo lo uno ni lo otro, y Perceval entonces, abriendo la puerta, gritó:

— ¿Dónde estás, Jack?

La luz que salió con esto del gabinete de Stephen alumbró la meseta, y fue á dar directamente en el pálido rostro del escocés: Frank, demasiado preocupado para poder reparar en ello, lo agarró por un brazo y tiró de él, en términos, que el pobre viejo se halló en medio de los objetos que le habian dado el primer susto, y se tapó los ojos con la mano, dando diente con diente como unas castañuelas.

— ¡Y qué! le dijo Frank; ¿no tienes nada que decirme?

— ¡Oh! murmuró Jack temblando; ¡es el diablo, Vuestro Honor!

Frank, lleno de cólera, dió una patada en el suelo, y Jack, por la primera vez de

su vida, no hizo caso del enojo de su amo, y empezó á dar vueltas buscando una posición que lo libertase de ver los huesos descarnados por una preparacion anatómica; pero esto era difícil, y bien podia estar dándolas un dia entero, que no lo podria conseguir. Frank entonces lo volvió á coger por el brazo, lo obligó á estar quieto, y le preguntó:

— ¿Tú has debido ver á alguno?

— ¡Oh, sí! Vuestro Honor, respondió Jack pensando en la fantasma, he visto....

— ¿Y qué te ha dicho?

— Os juro por la salvacion de mi alma que no me ha dicho nada, Vuestro Honor!... Si me hubiera hablado, me caigo muerto de repente.

— Sin embargo, la carta está terminante, exclamó Frank, que fijo en una sola idea, no veia en la respuesta de su criado sino una negativa sencilla, y abriéndola otra vez, leyó lo siguiente:

«No pudiendo abandonar la cabecera de nuestra querida enferma, no tengo tiempo, primo mio, para explicarte en lo que se funda el rayo de esperanza que acabamos

de concebir. Sin embargo, no te quiero privar del placer que esto te dará, y encargo al portador que te diga....”

Jack, tranquilizado un tanto con la prolongada inmovilidad de los huesos y esqueletos, interrumpió á su amo, diciéndole:

— ¡Ah, Vuestro Honor! ¡perdonadme! ahora veo que se trata de Lucy, la criada de miss Diana Stewart.... yo pensaba....

En esto se detuvo y aplicó el oído, porque le pareció percibir por el lado de la puerta un ruido extraño semejante á un gemido sordo, y luego dijo:

— ¡Escuchad! ¡escuchad! si llegara á venir....

— ¡Este hombre está borracho! dijo Mac-Nab con impaciencia.

Jack volvió hácia el médico su cándido y sincero semblante, en el que se leía en medio de los síntomas de un horrible espanto, el enojo que le causaba aquella acusacion, y le dijo:

— No, Vuestro Honor, no estoy borracho, pero esta casa no es para ningun cristiano.... y yo no soy santo para no temer al demonio.

Frank y Stephen se miraron, y este último dijo:

— Es preciso que le haya sucedido alguna cosa extraordinaria.

— Jack, amigo mio, le dijo Perceval con tono casi suplicante, tranquilízate, te lo ruego.... No sabes cuánto me haces padecer con tu indecision.

El anciano criado juntó las dos manos, y exclamó:

— ¡Oh, Perceval! ¡oh, Vuestro Honor! ¡tened lástima de mí!... Voy á ver si puedo.... ¡Además, qué me importa á mí el demonio! añadió dejando su aire contrito para dirigir á los esqueletos una mirada provocadora; soy un mandria miserable.... Oid.... La doncella de miss Stewart deseaba mucho ver á Vuestro Honor.... Lo que me dijo al darme la carta fue.... La señorita ha hecho un movimiento....

— ¡Un movimiento! exclamó Stephen.

— Un movimiento, repitió Jack, pero tan pequeño, que miss Stewart no sabe si se engañaron sus ojos... lo cierto es que... ¡Dios tenga misericordia de nosotros! exclamó el viejo interrumpiéndose y cayendo

sobre una silla, ¡el demonio está detrás de esa puerta!

Acababa de llegar á sus oídos otro quejido mas triste y lastimero, que esta vez oyeron tambien los dos amigos. Stephen se puso en pie, pero siguió un profundo silencio.

—¿Y qué mas? dijo Perceval, ¿qué mas?

—¿No habeis oido? murmuró Jack temblándole todo su cuerpo, ¿es esa acaso la voz de un hombre?

—¡Y qué mas, te digo, infeliz! le gritó Perceval: habla que te lo mando.

Jack se apretó fuertemente con las manos la frente para reunir sus ideas, y continuó con sumo trabajo:

—¿Qué mas, Vuestro Honor?... ya me acuerdo.... los ojos de la señorita han cambiado de direccion... ¡Válgame Dios!... ¡Cuando uno ha visto lo que yo esta noche, debe estar muy próximo á morir!... ¡Perdonad, Vuestro Honor!... Como el médico de miss Trevor no estaba en casa, han llamado á otro, y este ha dicho que una crisis....

Jack no acabó y cayó con la cara pegada al suelo, porque de la escalera acababa de sonar otro grito agudo, largo, doloroso. Frank hizo un ademán colérico, porque en aquel momento nada lo podia afectar sino la esplicacion de Jack, pero Stephen, que admirado extraordinariamente, abrió la puerta, oyó en el cuarto de Ana y Clary unos sollozos ahogados, y una voz de hombre, que en tono bajo y con acento de inmenso dolor, entonó una cancion muy familiar á los oidos del médico, que decia así:

Como de Mayo las rosas
 Vivian en Glen-Girvan
 Dos doncellas candorosas,
 Hijas puras y amorosas
 Del laird de Killarwan.

XXX.

El laird.

Mucho debió admirarle al anciano Jack que el demonio supiera la cancion del laird de Killarwan, y la cantára en puro escocés, mas no pudo pensar en ello mucho tiempo, porque como Frank y Stephen salieron precipitadamente, llevándose cada uno una vela de las dos que alumbraban el gabinete, se quedó solo y sin mas luz que el resplandor de la chimenea. Este fue un momento terrible para el po-

bre; permanecia aun de rodillas, en la postura en que le habia hecho quedar el formidable grito que sonó al través de la puerta, y quiso levantarse para salir detrás de los dos amigos, mas los esqueletos de la mesa, súbitamente alumbrados con un reflejo rojizo, pareció que se movian con estremecimientos precipitados, y esto bastó para helarle la sangre en las venas. Los brazos y piernas colgados en las paredes tenian tambien cierta apariencia de vida, y proyectaba su sombra á mayor ó menor distancia, unas veces como movidos por un poder sobrenatural, y otras quedándose fijos en la pared. Jack permaneció clavado en el suelo, sin poder cerrar sus ojos dilatados por el terror, y mirando á su pesar siempre á los esqueletos, que se enrojecian, se blanqueaban, y se agitaban, y lo peor era que ya no veia esqueletos. Veia cosas horribles evocadas por el miedo, visiones espantosas, asquerosas, de que no es posible formar idea estando uno sentado en su escritorio y con la claridad del dia, pero que no hay nadie á quien no hayan hecho estremecer, ó siendo niño ó despues, á lo

menos una vez en la vida, en alguna noche de soledad, ó de calentura; y padecía el pobre angustias mortales, y su cabeza calva chorreaba sudor, y se estremecía su cuerpo con penosas convulsiones.

Si cuando se fueron los dos amigos, no lo hubiera tenido ya fuera de sí el miedo, hubiera quizás comprendido que la escasa luz de la chimenea era la que prestaba á los objetos aquel color rojizo aparente, y que las frecuentes interrupciones de la llama bastaban tambien para dar una apariencia de animacion á aquellos inanimados huesos, pero afectada violentamente su imaginacion, no estaba capáz de raciocinar. Creia realidades los efectos de aquella fantasmagoría tan comun, y allí hubiera seguramente perecido, si como en ocasiones iguales suele suceder, no lo hubiera galvanizado el exceso mismo de su espanto. Con efecto, en el instante en que su miedo llegaba al mas doloroso parasismo, se hundió de repente la pila de carbon de piedra colocada sobre los morillos, que los progresos de la combustion habian ido consumiendo lentamente, y produjo una

ardiente llama que subió por el cañon de la chimenea acompañada de millares de chispas. Con ella se iluminó brillantemente todo el cuarto por espacio de un segundo, y se distinguieron perfectamente los objetos, y como las cosas que de repente se iluminan parece que se acercan al que las mira medio envueltas en sombras, Jack creyó ver á los esqueletos arrojarse sobre él, y levantándose desatentado, bajó corriendo la escalera, á riesgo de estrellarse, y no paró hasta llegar al umbral de la puerta del palacio de Dudley, donde se sentó agotadas sus fuerzas.

Frank, como hemos dicho, siguió á Stephen, cada uno con su luz en la mano, y ambos entraron en el cuarto de Ana y Clary, donde desde luego vieron un hombre de pie entre las dos camas, casi desnudo, con la camisa hecha pedazos, y manchada de sangre, que habia perdido su color por inmersión, al parecer. Era el laird Angus, y todo en él anunciaba desórden y padecimientos; herizado el pelo sobre su frente ensangrentada, y la barba, por el contrario, empapada en agua pegada á los

carrillos, ó caída en lacios mechones: en su rostro se veían cicatrizadas las heridas de su lucha con **Bob-Lantern**, pero tenía además otras nuevas contusiones y golpes, cuya sangre no estaba todavía seca; y por último una estremada palidéz, y lágrimas que caían por entre las arrugas de su cara. Al ver á los dos amigos dejó de cantar, y señalando alternativamente con la mano las dos camas vacías, le dijo á **Stephen**:

— ¡Ambas á dos!

En aquel momento estaba en su cabal juicio, pues el choque moral que sufrió con la aparición de **Frank** y **Stephen** bastó para disipar las últimas nubes que ofuscaban su mente, y cesó la calentura. **Mac-Nab** se quedó pasmado y mudo creyendo reconocer á su tío, pero quería dudar: **Perceval** no había visto nunca á **Angus Mac-Farlane**. Al cabo de un rato de silencio, que **Frank** estuvo á pique de romper mil veces para manifestar su admiración, dijo el laird:

— Yo había confiado mis dos hijas á mi hermana.... Yo vengo á buscar á mis dos hijas.... **Stephen** llama á tu madre.

Stephen hizo una seña á Frank para que se fuera, mas este no lo entendió, ó no lo quiso entender, ocupado en contemplar involuntariamente y con la vista fija, las desencajadas facciones de aquel hombre, que inocente ó culpado, se mezclaba con los recuerdos del odioso atentado cometido en los subterráneos de Santa María de Crewe contra la desventurada Harriet, pues Angus acababa de decir lo bastante para que Frank lo conociera.

—Dile á tu madre, añadió el laird con cierta severidad, que hace mas de un año que no he visto á mis hijas.... Clary debe estar muy hermosa.... Ana se parecerá como siempre á mi pobre Amy, ¿no es verdad?... Vé, Stephen Mac-Nab, vé, sobrino mio, pues no puedo creer que hayan sido robadas mis dos hijas, como temia, cuando te veo sosegado y tranquilo en casa de tu madre.

—Mi madre está mala, señor, y vuestras reconvenciones la matarian, contestó Stephen..

—¡Ah! ¡con que está mala! repuso Angus con voz muy alterada; ¿padece

acaso tanto como yo?... ¿las ha visto en la lancha?... Dios la ha tenido sujeta, encadenada en el lecho del dolor por la calentura en el momento en que era preciso obrar, socorrer.... ¿pero y luego?...

Angus se pasó el revés de la mano por la frente, apareció en sus ojos un rayo de delirio, y bajando la cabeza añadió:

— Su conciencia le grita día y noche, como á mi, que este es un castigo de Dios.

Stephen se volvió entonces con viveza hácia Perceval, y le dijo con tono firme y resuelto:

— Amigo mio, vos no podeis permanecer aquí: vuestras sospechas no os autorizan para oír lo que el delirio va á hacerle hablar á este anciano.... Cualquiera cosa que haya hecho, aunque sea un crimen.... mi casa es para él un asilo inviolable.

Frank, poniéndose sumamente encendidas sus mejillas, contestó:

— Perdonad, Stephen, el trastorno que me ha causado esa carta.... y el recuerdo de mi pobre hermana.... Estoy muy lejos de querer sorprender los secretos de vuestro pariente....

Stephen le estrechó la mano al verlo dirigirse hácia la puerta, y Frank, mirándolo fijamente antes de salir, le dijo:

—Me voy á ver por mí mismo si se confirma la esperanza que he concebido, ó se disipa enteramente.... De todos modos creedme, Stephen, el secreto de nuestra venganza está en manos de este hombre... Protejedlo contra todos, pero quiero la parte que me toca de sus revelaciones, ¿me entendéis?... os lo exigo.

—Os juro, por mi honor, contestó Stephen, que sabreis todo lo relativo á miss Harriet.

Frank se marchó llevando en la mano la carta de su prima, y habiéndose guardado antes por distraccion la otra, que era la escrita la víspera por lady Ophelia, dictándole Rio-Santo, en que lo citaba para las nueve enfrente del teatro de san James, no se volvió á acordar de ella, bien que ya eran las nueve y media. Subió en seguida á un coche de alquiler, y se dirigió á casa de lady Stewart á averiguar los pormenores que no habia podido saber del anciano Jack.

Stephen se volvió con su tío y lo halló sentado á los pies de la cama de Ana, apoyadas sobre ella las manos, con la cabeza inclinada y de espaldas á su sobrino. Adivinó este, sin embargo, por lo abatido de la postura, el dolor del alma y, á pesar de que habia conocido desde luego que era llegada la hora de que todo lo revelara, conservó lo bastante su natural prudencia para no abordar sin precaucion un asunto, que podia hundir de nuevo en tinieblas la razon del laird. Habia examinado con atencion su estado, y sabia tambien que una emocion repentina cualquiera podia promover uno de los accesos que, aun independientes de toda enfermedad, solian perturbar la razon de su tío: y así fue que le dijo:

—Mac-Farlane, estais solo con el hijo de vuestro hermano.

Angus se volvió pausadamente hácia él, lo miró un rato con atencion, y murmuró en seguida:

—Tú eres ya un hombre, sobrino mio, á lo menos tienes el aspecto de tal... Nunca te habia mirado bien.... te pareces á tu

padre.... pero Mac-Nab, te lo juro por su memoria, no hubiera abandonado á dos pobres niñas confiadas á tu cuidado.

—¡Tio mio! ¡tio mio! le interrumpió Stephen, ¡el dolor os hace injusto! Yo quiero á Ana como á una hermana, y á Clary mas que á mí mismo.... Pero no tardeis mas, por Dios, en decirme qué ha sido de ellas.

—¡Qué ha sido de ellas! repitió el laird, cuya palidéz se tiñó de encarnado; ¡ah! ¡qué ha sido de ellas!... ¿Qué fue de vuestro padre, sobrino mio?... Yo las he visto en la lancha.... á las dos.... ¡y no las he podido socorrer!

Angus le enseñó la enorme cicatriz, aun no bien cerrada, que le habia dejado el remo de Bob en la frente, y añadió:

—Dios me ha hecho viejo antes de tiempo.... mis hijas estaban allí, y no tenia que habérmelas sino con un hombre solo...

—¿Qué hombre? le interrumpió Stephen.

—Tal vez lo conozca, contestó el laird; porque conozco á muchos asesinos, sobri-

no mio... pero la calentura ha trastornado mi memoria.... Solo me acuerdo del dulce rostro de mi pobre Ana dormida con la cabeza reclinada sobre las tablas de la lancha, y de la voz de mi hermosa Clary.... porque fue su voz, sobrino mio, la que me distrajo cuando le iba á clavar mi dirk en el pecho al raptor.... De esto me acuerdo muy bien.

Siguió un rato de silencio, y Stephen perdía la esperanza, porque era casi seguro que Angus ignoraba la suerte de sus hijas: mas las había visto, y si se lograba que se explicara de un modo preciso podían ser muy útiles sus indicaciones. Mientras Stephen discurría el modo de preguntarle sin aumentar el desórden de la razon de su tío, dijo éste de pronto:

— Me vuelvo á casa de Fergus.

— ¡Fergus! dijo entre sí Stephen que, al oír este nombre, se acordó de la narracion de Perceval, y de la orgía de los subterráneos de Crewe. El laird entretanto continuó diciendo:

— Fergus lo puede todo, y me ama.... Aguardaré para matarlo á que me haya

vuelto mis hijas.... si es que no están muertas.... pues he visto á Ana esta mañana.... y los sueños nunca me enseñan mas que á los que han muerto, ó van á morir.

—¿Y dónde la habeis visto, tio? preguntó Stephen.

—No lo sé.... Lo mismo vi á mi hermano Mac-Nab la noche de su muerte.... ¡Mira! ¡mira! ¡mira! dijo tres veces, fijando en el aire su vista espantada; estoy viendo á Fergus... á Fergus que muere... ¡Ah! ¡son muchas las veces que lo he visto así!

Para decir esto se habia puesto en pie, con las facciones tan desencajadas que daban horror. Stephen le quiso tomar el pulso, pero lo rechazó con violencia porque lo invadia sin duda la calentura, y apoyándose en la cama de Ana murmuró en voz baja:

—Calla, sobrino, calla. No conviene que mi hermano Fergus sepa que lo voy á matar... porque no me volveria mis hijas...

—Con que vos sabeis.... empezó á decir Stephen.

—¡Calla! volvió á decir Angus con én-

fasis; mi hermano es grande y generoso. Ahora me acuerdo de que ha estado día y noche á mi cabecera.... porque ha sido en su casa... de todo me acuerdo.... donde me refugié al salir del Támisis, la primera vez que estuve á pique de ahogarme en él.... la segunda ha sido ahora poco.... Escucha, escucha, sobrino, mientras tengo la cabeza despejada.... Mis dos pobres ángeles fueron conducidas hace ocho días, no sé cómo, á la posada del *Rey Jorge* en Temple-Gardens.... allí las vi tirar en una lancha como fardos de lana.... salté por la ventana.... El Támisis estaba muy frío.... el hombre que se las llevaba me venció.... Esta mañana volví á la posada del *Rey Jorge*, y pedí mis hijas.... mis dos hijas queridas, que Amy me confió al morir, sobrino mio.... ¿Te acuerdas qué virtuosa y bella era Amy?... ¡Ah! Gruff y su muger se echaron á reir cuando les pregunté por mis hijas... ¡á reir, sobrino!... ¡á reir! ¡á reir!

Angus se habia puesto muy derecho, sus pupilas rodaban en sus órbitas, dilatados convulsivamente sus párpados, apretando los puños y rechinando los dien-

tes, y volvió á decir con voz terrible:

— ¡A reir!!!

Y en seguida, como si Stephen conociera la posada del *Rey Jorge*, añadió en voz baja:

— Estábamos los tres en el cuarto de la trampa; Gruff se reía, su muger tambien, y á mí me abrasaban los ojos las lágrimas... en el sitio mismo en que me encontré el pañuelo bordado de Clary.... Gruff jugaba el cuchillo amenazándome, la arpía blandía las tenazas de la chimenea.... ¡Oh, sobrino! ¿no hubieras tú hecho lo mismo que yo?

— ¿Y qué hicisteis, tio? tartamudeó Stephen.

El laird se abrió la camisa, y enseñó su pecho con muchas heridas leves, y levantándose el pelo mostró una muy reciente entre las antiguas, y añadió:

— Aquí con el cuchillo, allí con las tenazas.... mas yo agarré con la mano derecha á Gruff por el pelo, y con la izquierda á su muger, y les di de cabezadas uno contra otro, ¡así, sobrino!...

Y acompañó las palabras con una accion

que comprendió muy bien Stephen: después prosiguió:

— En aquel instante estaba yo fuerte. ¡Oh! sí, ¡muy fuerte!... Las cabezas sonaron como dos calabazas.... ¿lo entiendes bien sobrino?... ni uno ni otro hablaron una sola palabra.

Stephen retrocedió algunos pasos, y le dijo:

— ¿Los habeis muerto acaso?

— Me eché á dormir entre los dos, sobrino, dijo Angus en vez de responder, porque estaba muy cansado, y mi cuerpo es una pura herida.

— Pero no estarían mas que heridos, ¿no es verdad? preguntó Stephen.

— Mira, repuso Angus, mira, sobrino.... ¿se puede vivir mucho tiempo con tantas heridas?

Diciendo esto se tentaba la cabeza y el pecho, y por todas partes tenia ó cicatrices antiguas, ó heridas recientes. Stephen se acercó á él, lo miró, y le dijo:

Yo os curaré, tío.

Angus dió un grito de alegría insensata, diciendo:

— ¡Oh! ¡oh! ¡curarme!... ¿Tienes vino de Francia, Mac-Nab? ¡Otras veces era yo un bebedor famoso!... ¡Qué importa la sangre que se pierde, si la que queda es todavía ardiente!... Mira sobrino, me queda aun sangre bastante para matar á Fergus....

Hizo en seguida una pausa, se pasó la mano por la frente, y siguió en voz baja:

— ¡Pero quiera Dios que se me cuaje la sangre en las venas antes que pueda matarlo! ¿Sabes, sobrino, que la venganza satisfecha es una almohada muy blanda? Todo el dia he dormido, y esta noche, cuando desperté, entraba la luna por la ventana del cuarto de la posada del *Rey Jorge*, y á mi derecha le daba en la cara á maese Gruff, y á la izquierda en la frente magullada de la muger....

— ¿Luego á entrambos los habeis muerto? dijo Stephen.

— Cállate, Mac-Nab.... ¡no me he valido de hierro, ni de cuerda.... ni de veneno, ni de fuego.... no ha sido asesinato! Además, ¡no se habian reido los dos infames, cuando les preguntaba por mis hijas, que

ellos habian vendido!... Tambien á mí me tocaba reirme á mi vez.... y la luna se reía conmigo, sobrino.... ¡Ah! y la luna hacia reir sus bocas, que ya no respiraban.... ¡Y tuve miedo, porque estaba entre dos condenados!

Angus temblaba, y Mac-Nab lo oía sumamente afectado con tan extraño relato, y siempre con la esperanza de oír alguna repentina revelacion: el laird prosiguió:

—¡Por que están condenados, condenados los dos! y en un rincon del cuarto, en donde no daba la luna, veía yo dilatarse y enrojarse las encendidas pupilas de Satanás.... Yo que estoy en el infierno, sobrino mio, tengo miedo al diablo.... Sé que me espera, y los sueños me lo muestran muchas veces cerniéndose encima de mi cama.... Levanté la trampa por donde habian echado á Ana y Clary á la lancha.... Me ardía la cabeza.... y vi.... ¿seria la calentura, Mac-Nab?... vi los brazos de los cadáveres que se alargaban y me cogian.... y Satanás dió un grito en la oscuridad.... y los tres caimos al rio....

El rio centelleaba, la luna figuraba en él

millares de luces, que se movian al rededor de mí, y me trastornaban la cabeza: yo nadaba cuanto podia, pero Gruff nadaba tambien, y la arpía lo mismo, y me hallaba entre los dos, y me tocaban sus helados cuerpos.... ¡Oh! habia además otros cadáveres entre las luces del rio.... Ana y Clary estaban á flor de agua, abrazadas y cubiertas con velos blancos.... Y Mac-Nab, tu padre, sobrino, cuyo corazon manaba sangre y enrojecia el agua.... Y Fergus, mi otro hermano, con su hermoso pelo negro, al rededor de su pálida frente.... y otros además en toda la estension de la vista.... Por todas partes cadáveres queridos, y brillando las luces en torno de ellos. Y yo nadaba esperando huir de ellos, pero ¡imposible!... Si cerraba los ojos para no ver, sentia sobre mi brazo los de los muertos, y sus cuerpos junto al mio.... Si me paraba, se paraban ellos, fijando en mí sus órbitas, en que no habia ojos....

La frente del laird estaba inundada de un copioso sudor, y su respiracion tan sumamente fatigada, que siguió diciendo con voz todavía mas baja:

— ¡No era la calentura! ¡Oh! no, sobri-
no.... todo esto lo he visto yo.... y sufría
mucho.... la sangre del corazon de Fergus
enrojecía el agua en deredor mio.... y
habia sangre por todas partes.... sangre ro-
ja.... un mar de sangre... ¡Piedad, piedad,
Fergus, hermano mio!

Y cayó de rodillas.

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO.